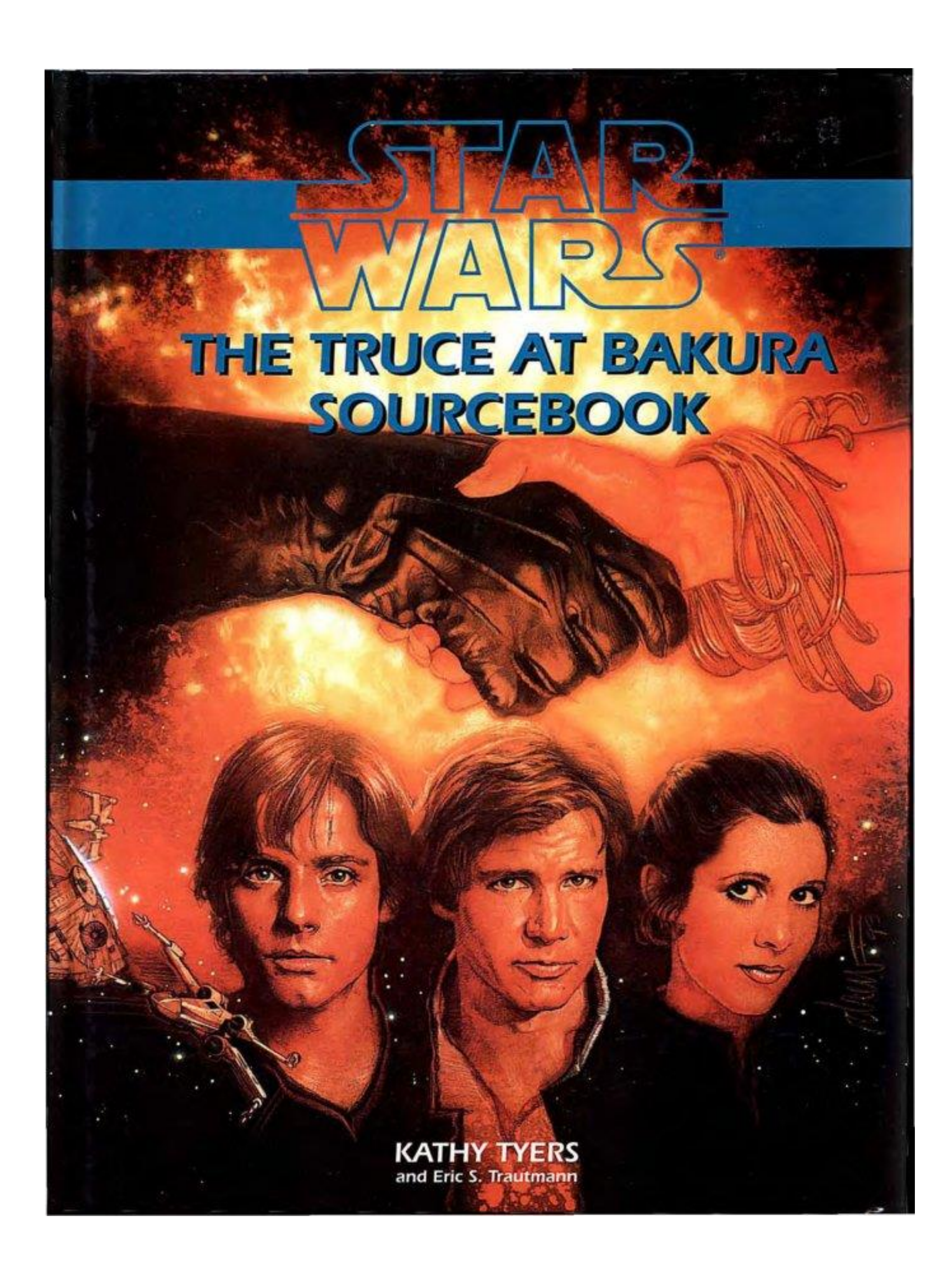

STAR WARS
THE TRUCE AT BAKURA SOURCEBOOK
KATHY TYERS
and Eric S. Trautmann

Invasores de sangre fría de más allá del espacio conocido; una alianza desesperada con las fuerzas imperiales hechas jirones; ¡una lucha por la supervivencia de la misma Alianza Rebelde!

Relatos incluidos:

- El testimonio del general Solo
- Curación silenciosa
- El pulso del pueblo
- Si todos vivieran según el código Jedi
- Envuelta para regalo
- Soñando despierto
- La Alianza de Planetas Libres
- Los rebeldes más recientes
- Semejantes en la distancia
- La Ofensiva Kenobi y el Ajuste Ackbar
- Testimonio 87638/37
- Control Imperial de los Territorios del Borde Exterior
- Marcas de gusano
- Comida y refugio
- Segunda promesa
- Auténtico talento
- Siempre en movimiento está el futuro
- Fiscal del Equilibrio
- Demasiados tipos de ceguera
- Punto de equilibrio
- El amor del cobarde
- Un sedicioso menos
- Libre elección
- Desfile militar
- Luke y Gaeriel
- Matemáticas Ssi-ruuvi
- La creación según los Ssi-ruuk
- Extraños con caramelos
- Otra criatura de lo más útil
- Último ataque en G’rho
- Informe al Consejo Provisional de la Alianza de Planetas Libres



La tregua de Bakura

Relatos recopilados del Sourcebook

Kathy Tyers y Eric S. Trautmann



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: varios títulos…

Autores: Kathy Tyers (la mayoría de los relatos), Eric S. Trautmann (*El testimonio del general Solo*, *La Alianza de Planetas Libres*, *La Ofensiva Kenobi y el Ajuste Ackbar*, *Testimonio 87638/37*, *Control Imperial de los Territorios del Borde Exterior* y *Informe al Consejo Provisional de la Alianza de Planetas Libres*)

Arte de portada: Drew Struzan

Ilustraciones: Jordi Ensign y Ray Lederer

Publicado originalmente como pequeñas secciones de ficción insertas entre las partes más específicas del manual del juego de rol *The Truce at Bakura Sourcebook (WEG40085)*.

Publicación del original: 1996

4 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

19.10.15

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

El testimonio del general Solo

Testimonio 9483749/12982 {Verbal}

Testimonio transcrito de declaraciones del General Solo y el teniente Page. Testimonio realizado ante Mon Mothma y el almirante Ackbar

Mon Mothma: General Solo, ¿podría ampliar su informe acerca de la acción de abordaje contra el Destructor Estelar *Acusador*? Es ligeramente… vago.

General Solo: Oh, bueno, no hay mucho que contar.

Almirante Ackbar: *(Reprime una tos)*

Mothma: ¿Hay algo que quiera añadir, almirante?

Ackbar: No, nada. Salvo que, dada la reputación del general Solo, su última afirmación es algo difícil de creer.

Mothma: Teniente Page, tal vez usted pueda llenar los huecos del informe del general Solo. De acuerdo con el buen general, usted y los comandos temporalmente bajo su mando simplemente —y cito— «abordaron la nave enemiga y capturaron el puente».

Teniente Page: Sí, señora. Eso es lo que ocurrió. El general Solo y yo dirigimos la acción de abordaje.

Mothma: ¿El general Solo participó en la acción?

Page: Eh… sí. Fue idea del general, de hecho.

Mothma: Naturalmente.

Solo: Gracias, muchacho.

Mothma: General, me gustaría saber por qué decidió dirigir una acción no autorizada como esta. Sabe que yo no la habría aprobado.

Solo: Precisamente por eso no pedí permiso. En cualquier caso, parecía una buena idea. Al menos, lo parecía en su momento.

Mothma: Sin duda. Continúe, teniente.

Page: Bueno, todavía se estaban realizando operaciones de limpieza, pero la mayor parte de la acción estaba teniendo lugar sobre nosotros. Como líder de la unidad en la superficie del planeta, el comandante Derlin permaneció en Endor para supervisar la llegada de fuerzas terrestres; me asignó temporalmente el mando de la fuerza de comandos. El primer oficial Chewbacca y el general Solo estaban realizando algunos trabajos en la lanzadera que usamos para penetrar la seguridad de Endor, cuando supimos que aún había algún problema en órbita. Las tropas de relevo habían conseguido aterrizar, pero el general Solo parecía de lo más… ansioso… por ayudar en la batalla sobre la luna.

Solo: Bueno, no exactamente ansioso. Bueno, fue todo idea de Chewie.

Ackbar: ¿Fue idea del primer oficial Chewbacca intentar una acción de abordaje contra un Destructor Estelar Imperial que transportaba un complemento de tropas completo? ¿Un ataque que, debo añadir, iba a ser llevado a cabo por una única escuadra de comandos?

Solo: Ah, bueno, no. Él sólo dijo que deberíamos usar la *Tydirium* para regresar a la flota.

Mothma: ¿Y?

Solo: Y se me ocurrió que no había dicho *qué* flota. Y teníamos todos esos uniformes de soldado de asalto de repuesto y el código de seguridad que nos sirvió para entrar, por no mencionar esa lanzadera cochambrosa.

Mothma: ¿Así que se atrevió a robar un Destructor Estelar?

Solo: Bueno, eh… sí. Supongo que podrían considerarlo privilegio del general, si quiere.

Mothma: Sí, podríamos, salvo que usualmente un general confirma una maniobra tan poco ortodoxa con el almirante Ackbar, el general Madine o conmigo misma.

Page: Sí, señora, pero cuando estalló la Estrella de la Muerte, interrumpió las comunicaciones. Tratamos de informarles, pero no conseguimos contactar.

Mothma: *(Suena escéptica)* Sin duda el general Solo estaba literalmente pegado a la unidad de comunicaciones de la lanzadera.

Ackbar: Teniente Page, ¿cómo lograron abrirse paso hasta el puente? Con esto no pretendo denigrar las capacidades de usted y sus hombres… Soy consciente de que usted y sus hombres son soldados excepcionalmente capaces, y que el combate terrestre no es mi área de experiencia… Pero esa clase de probabilidades parece abrumadora.

Page: Bueno, en realidad, no llegamos a disparar siquiera.

Ackbar: Absurdo. Sin duda está exagerando, teniente.

Page: No, señor. Después de todo, teníamos el permiso imperial adecuado —el código que nos permitió atravesar el perímetro del escudo en Endor— y el general Solo resultó bastante convincente cuando llamamos al capitán del *Acusador* afirmando que acabábamos de escapar de la Estrella de la Muerte. Ciertamente, picaron; de hecho usaron sus propios rayos tractores de atraque para llevarnos al interior.

Mothma: ¿Ellos les llevaron al interior?

Page: *(Sonríe tímidamente)* Sí, señora. Podría decirse que nos invitaron a subir a bordo.

Ackbar: ¿Y cómo eliminaron a la tripulación?

Page: Eh… En realidad fue el general Solo quien consiguió eso.

Mothma: Claro, ¿quién si no?

Page: Una vez que llegamos al puente… y juro que todo lo que hicimos fue llegar andando… él, eh, relevó del mando al capitán del *Acusador*.

Ackbar: Permítame ver si le he entendido correctamente, teniente. ¿El general Solo —haciéndose pasar por soldado de asalto— abordó un Destructor Estelar Imperial, le condujo a usted y a su grupo hasta el puente, y asumió el mando?



Page: No, señor. El general Solo llevaba un uniforme de general imperial, no una armadura de soldado de asalto.

Mothma: *(Con una suave risita)* General. Naturalmente.

Solo: ¡Eh, me quedaba bien, eso es todo!

Ackbar: ¿Y cómo hicieron usted y su equipo para eliminar a la tripulación del *Acusador*?

Page: El general Solo les convenció para que se marcharan…

Mothma: …les convenció…

Ackbar: …para que se marcharan…

Page: Eh, bueno, dejó inconsciente al capitán del Destructor Estelar mientras mi gente aseguraba al resto de la tripulación del puente. Entonces el general activó en toda la nave la alarma de ruptura de casco y ordenó a la tripulación que, eh…

Ackbar: Que abandonara la nave.

Mothma: *(Meneando la cabeza)* Asombroso.

Solo: Bueno, ya basta. ¿Funcionó, no?

FIN DE LA TRANSCRIPCIÓN

Curación silenciosa



Luke sentía un fuerte dolor en la cabeza… en la nuca, donde ese gran Ssi-ruu le había golpeado con su cola. Comenzó por concentrarse en el dolor, que desapareció, como si nunca hubiera existido.

A continuación, advirtió una extraña tirantez en los hombros. Estaba sujeto a unos grilletes… pero una vez que decidiera quitárselos, ya no le sostendrían derecho, y por el momento podía ignorar la sensación de tirantez. Habían colocado su cuerpo de pie sobre una silla, sujeto alrededor de su pecho por algo que parecía un arnés de vuelo. Bajo sus pies, se sentía el retumbar de una cubierta. A través de la Fuerza llegó la presencia de Dev, sentado cerca de él.

A bordo de una nave, entonces. Los Ssi-ruuk le estaban llevando a su flota. Le habían advertido: no debían atraparle.

Pero lo habían hecho.

Así que se enfrentó a la crisis que acabaría con ese conflicto bakurano. Debía restablecerse completamente, dispuesto para parlamentar o luchar. Los Ssi-ruuk no tenían ni idea acerca de sus habilidades.

Y Dev no debía descubrir —aún— que había recobrado la consciencia. Luke creó una zona de vacío y retiró su mente tras ella, la testeó (no sintió vida alguna en el exterior), y luego la atravesó con fuerza. Su sable de luz se le había caído antes, en la cantina bakurana. Sus captores alienígenas se lo habían robado, debía recuperarlo antes de hacer cualquier otra cosa. Sin embargo, debía estar dispuesto a buscar paz en lugar de conflicto, a compadecer antes que a odiar… y debía evitar —debía hacerlo— que Dev cayera bajo el control de los alienígenas. Quería que Dev fuera su aprendiz. Había bondad en el corazón de Dev; quería servir con humildad, una actitud absolutamente noble. Simplemente había sido atraído a servir una causa innoble. Luke estaba ansioso por mostrarle el camino Jedi.

Luke ya no sentía dolor de cabeza, pero sintió una inflamación en el interior de su cráneo. Cualquier movimiento brusco podría agravarla. Concentró la energía curativa en varios vasos sanguíneos que drenaron el tejido inflamado.

Llegado el momento, estaría preparado.

El pulso del pueblo

Yeorg Captison caminó con paso firme hacia su oficina. Sentaba bien hacerlo, después de haber estado vacilante durante tanto tiempo. Había llevado a su pueblo a un tiempo de relativa paz y prosperidad. Pero ahora, los Ssi-ruuk habían huido y la Alianza Rebelde controlaba Salis D'aar.

Decían que era algo temporal. ¿También ellos impondrían su voluntad en Bakura? Sin embargo, habían demostrado ser más dignos de confianza que sus equivalentes imperiales.

Encontró a Ellice en su oficina exterior.

—Transmisión de emergencia —dijo—. Transmite desde mi oficina.

Ella asintió y corrió hacia su escritorio. Él cruzó la puerta interior y se tomó un momento para asegurarse de que tenía el aspecto de un hombre que había escapado por los pelos a un interrogatorio imperial… y a su posterior ejecución. Su túnica verde, rasgada y polvorienta, lucía perfecta. No necesitaba lavarse la cara.

Se sentó.

—Preparado, Ellice.

Una luz verde se encendió en la consola del techo.

—Camaradas bakuranos —dijo—, la amenaza alienígena ha terminado. Nuestros protectores imperiales y sus aliados de la Alianza Rebelde han obligado a retirarse a la flota Ssi-ruuvi.

»Pero sabéis que la fuerza de trabajo imperial rápidamente intentó erradicar a nuestros otros aliados, quienes arriesgaron sus vidas para salvar Bakura.

»Debido a un poco inteligente ataque personal a un embajador rebelde, el gobernador Nereus acaba de morir. En este instante… —*Ahora elige bien las palabras*, se advirtió a sí mismo—… es mi deber convocar a los ciudadanos de Bakura para una votación inmediata. ¿Deseáis permanecer bajo protección imperial? ¿Es el momento de que Bakura permanezca independiente, confiando en sus propias defensas? ¿O debería Bakura aceptar la oferta de la Alianza de un tratado de ayuda y apoyo militar? Aunque ese apoyo es menor que lo que ofrece el Imperio, es más poder del que representan nuestras propias fuerzas.

»Ciudadanos todos, teclead por favor vuestras respuestas en los circuitos de votación dentro de la próxima media hora. Debe participar el treinta por ciento de nuestra población para que el senado emita una resolución vinculante.

Haciendo una señal por debajo del escritorio, dijo a Ellice que finalizara la transmisión. Inmediatamente, en un monitor bajo su codo izquierdo, comenzaron a aparecer números en tres columnas.

—¿Y bien? —Ellice apareció en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ha respondido el cero coma tres por ciento —dijo—. No es suficiente para estimar una tendencia, pero están votando rápidamente.

—Es un tema de alto interés. ¿Cuántos han votado por la Rebelión, hasta ahora?

—El setenta por ciento.

—Eso incluye mi voto —dijo Ellice en voz baja.

—El mío no. —Yeorg alargó la mano hasta su propia tecla de votación. Indicó su elección—. Ahora sí.

Si todos vivieran según el código Jedi

Luke estaba tumbado en el catre del *Halcón*, con la mirada perdida en un panel metálico remachado. Leia descansaba la cabeza en su hombro, y estaba bañado en una energía terapéutica de tacto limpio, cálido y familiar. Una vez que se calmó el esfuerzo por respirar y el oxígeno refrescó los músculos doloridos, cerró los ojos y trató de limpiar su espíritu.

¿Cómo es que casi fracaso de nuevo? La oscuridad le había tentado con increíble sutileza. Insistía en que podía ser usada para hacer el bien…

Sí. Así es como comenzaría. Mucha gente necesitaba su fuerza. El lado oscuro proporcionaría poder muy fácilmente. Sacrificándose al lado oscuro, lograría muchas cosas.

Pero todo lo que lograra estaría manchado, y la corrupción de una vida era una tragedia. En palabras de Yoda, *Convertirse en Jedi requiere la más profunda concentración. La mente más equilibrada.* Luke sabía ahora que ver la maldad y negarse a enfrentarse a ella rompía su código casi con tanta seguridad como recurrir a la maldad.

Así que debía elegir el camino más equilibrado. *¿Y si todo el mundo viviera de ese modo?*, murmuró. Si todos los seres inteligentes aceptaran los retos en lugar de servirse a sí mismos… lo que a menudo significaba pisotear a los demás…

Las imágenes inundaron su mente: Antiguos dueños de esclavos ofrecerían festines a sus siervos liberados. Estafadores y ladrones ayudarían a sus antiguas víctimas. Las armas de destrucción masiva serían desmanteladas para construir nuevas colonias pacíficas y prósperas.

Incluso un Emperador podría gobernar justamente, si todo el universo sirviera al bien… si él también servía al bien. La gente acudiría a esa corte desde mundos prósperos para aprender de su sabiduría y disfrutar de su gloria justamente obtenida. Luke encontró esa visión asombrosamente atractiva. Si tan sólo…

Hizo retroceder un gran paso su imaginación: Si sólo la mayoría de los seres se comprometiera con el bien, derrotar al mal no tardaría tanto tiempo.

Luke meneó la cabeza, y sintió un dolor palpitante en el lugar donde el Ssi-ruu le había golpeado. Visiones hermosas, pero nunca serían reales en esa galaxia. El Equilibrio Cósmico de Gaeriel tampoco las haría realidad, porque sólo la gente buena aceptaría renunciar a sus derechos o a sus poderes. Los malvados se apropiaban de todo: poder, derechos, y gente. Siempre existirían malvados: entre los humanos y los jawas, los moradores de las arenas y los hutts, los gotals y…

Luke cambió su foco interior y convirtió la triste letanía en un salmo purificador. Y también buenas personas de cualquier especie, aunque quizá no tantas. Calamarianos y altorianos, whiphids y…

Dejó de arderle la garganta. La necesidad de toser se desvaneció.

¿Dónde habría contraído aquellos repugnantes parásitos?

Se incorporó.

—Descansaré más tarde —insistió—, de veras.

Envuelta para regalo

Leia recordó vagamente haberse arrodillado sobre el pecho de Wilek Nereus…

El hecho de que pudiera recordar algo era una buena señal. Significaba que los soldados de Nereus la habían aturdido en lugar de matarla.

Entonces, ¿dónde se encontraba ahora?

Permaneció tumbada e inmóvil unos instantes más, escuchando con atención. La habitación estaba en silencio; parecía estar sola. El aire era frío, y una superficie dura congelaba su costado derecho, sobre el que yacía en el suelo, en posición fetal; sin duda, la arrojaron allí sin mayor ceremonia, en lugar de depositarla suavemente. Hacía falta valor para tratar a una princesa como si fuera una vulgar maleta…

En ese instante, regresó el pensamiento que le había atormentado durante días: ¿Cómo podía hacerse llamar princesa? Su padre fue Vader, no el virrey planetario de Alderaan. No hace mucho, había pensado que una sabandija contrabandista estaba por debajo de ella.

¿Y dónde estaba él? ¿Sabía que la habían hecho prisionera? Tenía que conseguir contactar con el exterior. Debía tratar de llamar a Luke…

Una puerta se abrió con un siseo, deslizándose en su guía repulsora.

—Buenos días —dijo una voz suave y familiar—. El gobernador Nereus desea hablar con Su Alteza.

Leia entreabrió un ojo. El capitán Conn Doruggan se encorvaba como un ave de presa en el estrecho umbral. Por todos lados, vio muros grises y lisos. Observando el canto de la puerta, no vio manillas ni paneles de reconocimiento en su superficie interior. *Celda de retención*, pensó. La presencia de Doruggan —y la citación de Nereus— sugería la sección de oficinas imperiales del complejo Bakur.

Apretó los puños, dejó caer las piernas por el borde de un desnudo catre metálico, y se puso en pie. Mantuvo los pies separados: A veces, recuperarse de un disparo aturdidor la dejaba un poco mareada.

—Buenos días, capitán Doruggan.

El alderaaniano se irguió. Juntó las manos delante de su túnica color caqui.

—Antes de que le lleve a hablar con él, ¿no querría reconsiderar sus prioridades? No hay necesidad alguna de sufrir. Obviamente, Leia, ha elegido el bando perdedor en esta guerra, y…

—No, capitán Doruggan —le interrumpió—. Es usted quien ha elegido el bando perdedor. Mientras su Imperio continua asfixiando sistemas estelares, está perdiendo apoyos en todas partes. Prefiero luchar por la justicia que vivir como un opresor. —Endureció el tono de su voz—. O como uno de sus lacayos.

Doruggan arrugó la nariz como si Leia le hubiera propinado una bofetada.

—Muy bien. Venga conmigo.

Para cuando llegó a la oficina de Nereus, Leia se sentía estable pero irritada. Había dejado que la separaran de su grupo como a un nerf de su rebaño. No quería permitirse

mostrar debilidad. Caminó con paso firme hasta el amarillento escritorio de Nereus y planto ambas manos sobre él.

—¿Qué ha hecho con el primer ministro Captison y el senador decano Belden?

El gobernador Wilek Nereus estaba tranquilamente sentado, pasándose un pequeño cubo transparente de una a otra de sus manos enfundadas en guantes negros.

—Creo que su pregunta debería centrarse más en su propio futuro que en el de ellos.

—Más tarde. ¿Dónde está Captison?

—A salvo en una celda de retención.

—¿Y Belden?

Nereus frunció los labios y alzó una ceja.

—Por desgracia, el sistema circulatorio del viejo era débil. Él…

—¿Lo ha asesinado?

Él negó con la cabeza.

—Todo lo contrario, Su Alteza. Mi oficial médico hizo todo lo posible para mantener al hombre con vida.

¿Un interrogatorio?

—¿Cómo puede tratar de esa forma a un respetado senad…?

—El senador decano Belden era lo bastante mayor como para comprender los peligros de la traición. Sabía los riesgos que estaba asumiendo.

»Al igual que usted. Al desafiar mis órdenes, Su Alteza, debe considerarse mi prisionera.

—Por el momento —dijo ella. Luke no debería tardar mucho en descubrir lo que le había pasado.*¿Luke? Hola, Luke…*

—Por muchos y largos momentos —dijo él con una sonrisa—. Será bien tratada, pero permanecerá como mi invitada.

»Puede que el Emperador Palpatine esté muerto, pero ninguna vacante política dura demasiado. Ni siquiera en un imperio. Pronto habrá un nuevo Emperador. Estoy preparando un gesto de buena voluntad.

Tras las defensas de Leia, cobró vida una humillante imagen mental. Se encontraba de pie ante el siguiente déspota galáctico, un hombre que no renunciaba a nada que pudiera incrementar su poder. Le encantaría poder dar ejemplo con líderes rebeldes capturados.

No con esta líder rebelde. Tenía refuerzos. Simplemente necesitaba contactar con Luke y Han. Debía ganar tiempo con este hombre.

—Explíquese, gobernador Nereus.

—Creo que ya lo entiende, Su Alteza. Tal vez desee que se le ahorre la incomodidad y la vergüenza de permanecer cautiva. ¿Quiere que se le induzca una hibernación médica?

¡Cualquier cosa salvo eso! Luke podría encontrarla por la sensación de su mente… si es que estaba escuchando. Y si ella permanecía consciente. Dejó caer los brazos a los lados.

—Debe estar usted bromeando. —Que sienta su desdén. Que caiga fulminado bajo él. *¿Luke? Me vendría bien algo de ayuda.*

Nereus se encogió de hombros. Dejó el cubo transparente sobre su escritorio. Varias motas blancas brillaban cerca de su centro.

—Señor —dijo Conn Doruggan junto a Leia—, si desea que la ponga bajo custodia temporal…

Leia le hizo callar con una mirada fulminante.

—Quiero que esté cómoda, Su Alteza. —Nereus juntó las palmas de sus manos en un gesto que fingía benigno respeto—. La enviaré con otra persona.

Conn Doruggan se cuadró, haciendo chasquear los talones.

Nereus señaló a Leia con un dedo enguantado.

—Atúrdala, capitán.

Leia palideció. Doruggan echó mano a su bláster.

—Eso no será necesario —protestó ella, inclinándose hacia él. Estaba demasiado lejos para derribarlo de un golpe—. No trataré de escapar a mi arresto…

El bláster de Doruggan salió de su funda.

—Gobernador —dijo Leia con voz cada vez más aguda—, debo protestar. No hay razón para…

La luz blanco-azulada la cegó…

***

Lentamente, fue consciente de que le dolían las extremidades. Yacía de nuevo acurrucada sobre su costado. Esta vez, la superficie que la acogía era suave como una pluma.

Se mantuvo inmóvil. *¿Luke?* Trató de extenderse en la Fuerza. *¿Luke?* ¿De qué servía tener un hermano Jedi si estaba demasiado ocupado para cuidar de ti?

Soñando despierto

Han mantuvo a Chewie a su lado mientras avanzaban furtivamente por los pasillos de la nave Flauta. Leia iba corriendo delante de ellos. Ella insistía en que sabía dónde estaba Luke. Probablemente lo supiera.

Entre las atentas miradas de algunos lagartos aislados, admiró la fluida carrera de la mujer. La amaba. Ya nunca habría otra.

Y él era la primera relación seria de Leia, aunque no es que ella lo hubiera llegado a decir expresamente. A veces, hay cosas que un hombre simplemente sabe.

Ella dobló una esquina del pasillo.

—¡Leia! —la llamó con un fuerte susurro—. ¡No tan rápido!

Era la primera vez que sentía que iba en serio. Comprometido. Moriría con ella antes que serle infiel.

Uh. Quién lo iba a decir, después de la vida que había llevado…

¿Cómo podría evitar arruinarlo todo, del mismo modo que fastidiaba las cosas una y otra vez? (Aunque no quería preguntárselo a ella. ¿Preguntarle a Luke? Ni hablar. El niño ni siquiera había tenido…)

Chewbacca disparó en la oscuridad.

Han parpadeó. No quería que Leia sufriera porque él olvidara prestar atención. Un pensamiento curioso: protegerse a sí mismo para mantenerla feliz.

—¿Qué ha sido eso? —susurró, pegándose al costado de su peludo copiloto.

La cabeza de Leia reapareció en la esquina del pasillo.

—Vamos —les reprendió.

—Eh —dijo él con una sonrisa torcida—. Te estamos guardando el trasero. Ve a buscar al chico.

El silencioso y furioso rubor de Leia recompensó a Han. Sin responder, ella dio media vuelta y salió corriendo por un pasillo.

Chewbacca le dijo a algo a Han entre suaves rugidos.

—Sí. —Con una sonrisa, Han agitó su bláster—. A mí tampoco me gusta. Vamos.

La Alianza de Planetas Libres

—Camaradas de todas las especies —se dirigió Mon Mothma al grupo de humanos y alienígenas representantes de cientos de mundos. Antes de hablar, echó un vistazo a su alrededor y saboreó el rico aroma de la jungla de Endor. *Nunca me atreví a soñar siquiera que esto ocurriría*—. Como ya saben, el Emperador ha muerto.

Con esta frase, un murmuro de aprobación se filtró entre la multitud de delegados. Cada uno de ellos había visto de primera mano la gran maldad del Emperador y sus secuaces.

—Además —continuó Mon Mothma—, nosotros, la Alianza Rebelde, pretendemos restaurar la gloria de lo que fue la República. Una «Nueva República», por así decirlo.

»Sin embargo —continuó—, no estamos preparados para crear instantáneamente un gobierno galáctico. Eso sería el culmen de la locura. Los antiguos aliados del Emperador se asegurarían de barrernos del mapa.

—Entonces —gorgoteó el delegado duro, con sus finos labios gomosos luchando por pronunciar las palabras en básico—, es necesario un gobierno interino.

—Correcto —asintió Mon Mothma—. Dado que, en sentido estricto, ya no somos «rebeldes», resulta casi obligatorio un nuevo nombre y una nueva declaración de principios. Ustedes, tanto los aliados veteranos como los nuevos miembros de la Alianza, están aquí precisamente para ese propósito.

»Ya no somos la Alianza Rebelde. Unidos, somos casi literalmente una Alianza de Planetas Libres. Y así permaneceremos hasta que pueda restaurarse la República.

Mon Mothma hizo una pausa, orgullosa de poder asociarse con el determinado grupo de seres reunido ante ella.

—En sus tabletas de datos hay un documento que me gustaría que cada uno de ustedes firmase. Declara que nosotros, los líderes de la Alianza Rebelde, afirmamos nuestra intención de establecer un sistema de gobierno que permanezca fiel a los principios de la Antigua República y trataremos a todos los seres como iguales, dignos de respeto…

»Cuando firmen este documento —Mon Mothma miró con gravedad a la concurrencia—, la Alianza de Planetas Libres habrá nacido realmente, y se habrá dado el primer paso en el camino a una Nueva República.

El siguiente documento de texto fue distribuido por los holomedios aproximadamente una semana después de la Batalla de Endor.

DECLARACIÓN DE LA ALIANZA DE PLANETAS LIBRES



Ciudadanos de la Galaxia, el Emperador Palpatine ha muerto. Durante su reinado de terror, Palpatine traicionó cada principio de la Antigua República. Su gobierno oprimió a todas las civilizaciones libres, infligió violencia sobre los pueblos de la galaxia e ignoró las necesidades de sus ciudadanos cuando esas necesidades se estimaban contrarias a los deseos de Palpatine. Mientras mantenía la apariencia de un gobierno participativo, Palpatine bloqueaba cualquier cesión de su poder a cualquier otra persona de la estructura gubernamental

Una Nueva Esperanza

Nosotros, los miembros de la Alianza Rebelde, anunciamos formalmente nuestra intención de restaurar la gloria de la Antigua República… de crear una *Nueva* República. Donde Palpatine se negó a servir a su pueblo, nosotros pretendemos restaurar las libertades que él denegó tan a la ligera. La Alianza de Planetas Libres ofrece libremente la posibilidad de convertirse en miembro a cualquier mundo que desee liberarse del yugo del Imperio y sumarse a la lucha para acabar con la pesadilla del Nuevo Orden.

La Alianza de Planetas Libres os hace a vosotros, los ciudadanos de la Galaxia, las siguientes promesas:

1. Acción Militar: Nosotros, como la Alianza Rebelde, hemos sido acusados de piratería y terrorismo de la peor clase. La Alianza siempre ha mantenido que esos informes son claramente falsos. La Alianza de Planetas Libres se abstendrá de acciones militares en o cerca de zonas civiles. Los objetivos militares, tales como estaciones de batalla y guarniciones, han sido siempre los objetivos de las actividades militares de la Alianza, y esa política no ha cambiado.

2. Igualdad entre especies: Cualquier persona, tanto humana como no-humana, que dese un lugar en la Alianza de Planetas Libres, es bienvenida. Donde el Nuevo Orden era altamente restrictivo con los no-humanos, el objetivo de la Alianza es proporcionar igualdad de oportunidades para todos.

3. Responsabilidad Social: La Alianza de Planetas Libres desea restaurar los principios de la Antigua República. Como tal, donde sea posible, la Alianza pretende restaurar la libertad de expresión en los medios, las artes, y entre sus ciudadanos.

4. Tolerancia: La conquista y restructuración a gran escala de civilizaciones planetarias enteras va a terminar. Cualquier fuerza imperial superviviente que intente llevar a cabo acciones de esta naturaleza se encontrará con respuesta militar. Cada especie tiene el derecho de elegir su propio destino, y la Alianza de Planetas Libres jura proteger ese derecho.

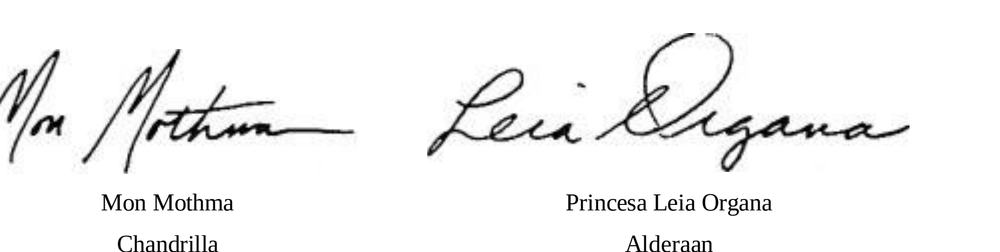
5. Moralidad: Donde anteriormente el Nuevo Orden oprimía, manteniendo un reinado de terror sobre la población, la Alianza de Planetas Libres espera crear una sociedad más abierta y un gobierno que tenga en cuenta la voluntad de sus ciudadanos.

Hacia el Futuro

Varios mundos y varias especies ya se han aliado con la Alianza de Planetas Libres. Los principios que fueron la piedra angular de la Antigua República ya se siguen de nuevo en esos mundos.

Es necesario señalar que la Alianza de Planetas Libres no es un auténtico gobierno. Mientras las fuerzas del Emperador dominen otros mundos, en otros sectores, la Alianza es principalmente una fuerza militar. Admitimos libremente que la Alianza de Planetas Libres es meramente una medida interina, un peldaño en el camino a la restauración de los ideales de un día pasado…

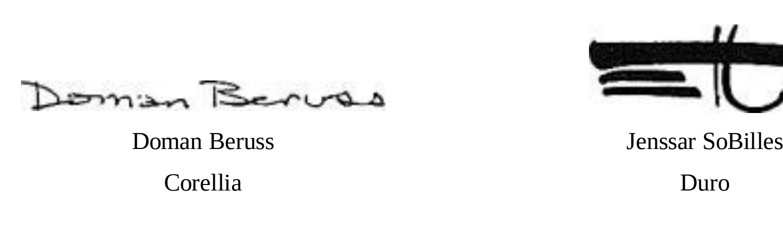
… el primer paso hacia una Nueva República.



Mon Mothma
Chandrilla

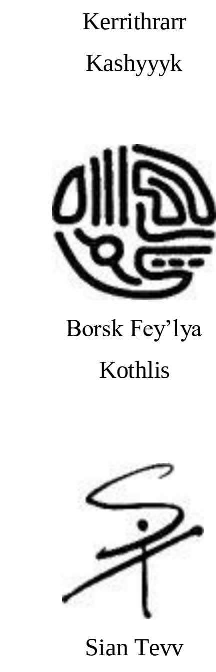
Princesa Leia Organa
Alderaan

Kerrithrarr
Kashyyyk

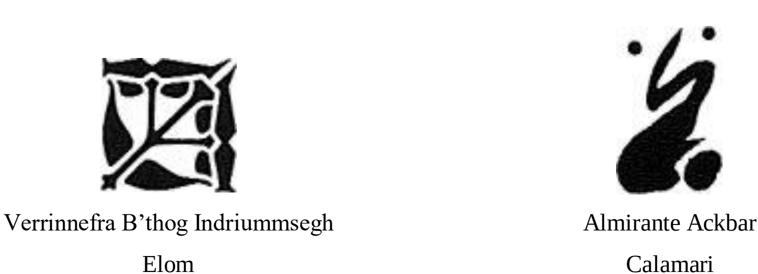


Doman Beruss
Corellia

Jenssar SoBilles
Duro



Borsk Fey'lya
Kothlis



Verrinnefra B'thog Indriummsegh
Elom

Almirante Ackbar
Calamari

Sian Tevv
Sullust

La Declaración de una Nueva República se hizo pública en la Galaxia sólo cuatro semanas después de que se distribuyera este documento. Aunque ahora es poco más que una nota al pie en los libros de historia, la Declaración de la Alianza de Planetas Libres ilustra un importante paso en la evolución de la Alianza Rebelde a la Nueva República.

Los rebeldes más recientes



—Señores y creadores —murmuró Valtis—. Mira cuántos son.

La capitán Tessa Manchisco afianzó ambos pies en la cubierta e inclinó hacia delante su sillón de mando. Al mando de la primera fuerza de trabajo del Alineamiento Libre Virgilliano, el *Frenesí* acababa de salir del hiperespacio cerca de Sullust; un triunfante regreso para el carguero, que había sido donado por Sullust para acelerar la liberación de Virgillia. Lo primero que hizo Manchisco fue buscar un punto de luz marrón rojizo muy pequeño: el planeta volcánico de Sullust. Sin embargo, se quedó sin aliento ante la flota rebelde, que se extendía en todas direcciones hasta donde le alcanzaba la vista.

Había encontrado impresionante la panoplia de 22 naves del Alineamiento Libre. Pero ante ella brillaban docenas de naves de batalla, destructores, cruceros, portanaves, bombarderos, naves de carga, naves cisterna y cañoneras. Esperaba ver naves corellianas, calamarianas y alderaanianas. No Había esperado ver representado a Kessel, aunque podrían ser independientes que seguían luchando allí contra su gobierno imperial. Sullustanas, bestinianas, bothanas… Había muchísimas más.

La rebelión se había extendido.

—Escuadrón en aproximación, transmita código de reconocimiento —ordenó una voz por el transceptor.

Tessa hizo una seña al teniente Delckis. Su Oficial de Comunicaciones, de anchos hombros, tecleó una secuencia alfanumérica que les habían dado al salir de Virgillia. Por un instante, Tessa sintió cómo se le escapaba el sudor. Si esa flota le rechazaba, le devorarían… y también a la crema de los cazas de su mundo natal, que transportaba a bordo.

—Ah —dijo la voz del transceptor—.Virgillia. Bienvenidos. ¿Necesitan repostar? Han llegado en el momento oportuno. Estamos a punto de saltar.

—¿A la batalla? —Tessa se secó las palmas de las manos en el pantalón.

—Confirmado —dijo la voz—. Una grande… tal vez la última, si perdemos. Nos vendréis bien.

Tessa echó un vistazo al panel de mando. Veintidós naves virgilianas habían salido del hiperespacio en buenas condiciones; sólo parpadeaba el indicador de fallo del *Duque Maldito*. Esa nave siempre atraía la mala suerte.

—Tenemos un pájaro herido —respondió—, pero el resto de nosotros estamos ansiosos por enfrentarnos a una auténtica batalla. Pónganse sobre nosotros y transmitan las coordenadas de salto.

—Espléndido —dijo la voz—. Bienvenidos a la Alianza Rebelde.

Semejantes en la distancia

La teniente Gayla Riemann mantuvo ambas manos enguantadas firmes en los controles de su ala-X mientras se zambullía en la atmósfera de Bakura. El paisaje verde y dorado bajo ella insinuaba innumerables zonas boscosas, y especies voladoras, planeadoras y terrestres con las que jamás había soñado. Obviamente, el Imperio no llevaba mucho tiempo allí.

En la mente de Gayla Riemann, la batalla era una nueva forma de arte, efímeramente visible, y se regocijaba luchando contra el Imperio. Apenas pudo creer sus órdenes cuando se dirigieron a Bakura, para ayudar a un gobernador imperial… aunque ese enemigo alienígena parecía incluso más despiadado que el Imperio. Después del ataque inicial, había pasado su turno a bordo del*Frenesí*¸ realizando un boceto aquí, dibujando un trazo allá.

Pero el propio Bakura era un mundo aún húmedo con las pinceladas del Gran Pintor.

Allí —justo bajo ella— un pequeño deslizador civil volaba rápidamente tratando de realizar una extracción. Varios deslizadores militares le pisaban los talones. Concentrándose en su tarea, Gayla miró sus instrumentos y sonrió. El comandante Skywalker había anticipado su curso de intercepción hasta el mínimo detalle de elevación, grado de latitud, minutos y segundos. Ella y su compañero de ala se mantenían en silencio mientras descendían; el factor sorpresa era esencial. No disparéis a menos que debáis hacerlo, había ordenado el comandante Skywalker. Apreciaba su estilo de mando empático tanto como su asombrosa reputación.

Un imperial disparó y falló. El piloto del pequeño deslizador sacudió el vehículo salvajemente, obligándolo a realizar una increíble maniobra. Ese rebelde era bueno. Muy bueno. Sólo necesitaba un poco de ayuda desde arriba. A la sombra, si fuera posible…

Fijó un imperial en su punto de mira. Si lo derribaba, la explosión podría alcanzar a sus compañeros…

El pequeño deslizador civil levantó el morro. Su piloto trataba de ganar altitud.

Ahora. Gayla pulsó su comunicador, presintonizado en la frecuencia Inter-escuadra Local.

—Buenos días ahí abajo —saludó a los imperiales. *¿Veis lo que puedo hacer?*

Se dispersaron como peces asustados. Gayla lanzó un suave suspiro. Odiaba destruir cualquier cosa, o a cualquier persona.

El deslizador civil descendió planeando por un arroyo de drenaje hacia un ancho río. Gayla aminoró a poco más de punto muerto y con un balanceo se colocó a su lado, escoltándolo con el mismo respeto que si fuera un crucero calamariano. Entonces miró por la ventanilla a sus colegas rebeldes. El piloto y su pasajero estaban tan cerca que podía ver sus rostros…

¿El general Solo? ¿La princesa-senadora Organa? ¡No era de extrañar que el comandante Skywalker hubiera pedido la ayuda del *Frenesí*!

Esa mujer también había perdido un hermoso planeta natal… en un abrir y cerrar de ojos. El Imperio había tardado una década en expoliar Aldraig IV. *Ojos intensamente expresivos,* observó Gayla. *Ha aprendido a no mostrar miedo. Debería hacer un boceto de ella antes de que olvide ese ceño fruncido con rabia…*

El ceño fruncido se relajó. La princesa-senadora Organa saludó con la mano. Golpeada por un sentimiento de afinidad, Gayla devolvió el saludo.

La Ofensiva Kenobi y el Ajuste Ackbar

Fragmento de Tácticas de Flota y Metodología de Combate, *por Ackbar de Calamari.*

La historia de la Ofensiva Kenobi es bien conocida: el legendario Caballero Jedi, el general Obi-Wan Kenobi, desarrolló hace mucho tiempo un plan de ataque flexible diseñado para que una fuerza de ataque pequeña y maniobrable se enfrentara al bloqueo de un oponente mayor y mejor armado.

El plan de la Ofensiva Kenobi propone una serie de pequeños ataques para conseguir sacar de la formación a parte de la fuerza mayor. En el supuesto de que la fuerza atacante consiga mantenerse alejada de los arcos de fuego del grueso de los defensores (lo que habitualmente se consigue reposicionando las naves casi constantemente), a menudo es posible destruir al menos una de las naves defensoras. En ese momento las naves atacantes pueden atravesar ese hueco en el perímetro defensivo y comenzar a atacar el bloqueo desde el interior. En teoría, las naves defensoras tendrán problemas para disparar a los atacantes debido a la proximidad de naves amigas; demasiados disparos dentro de su propio perímetro defensivo podrían conducir a daños por fuego amigo.

Aunque esta es una explicación simplificada de la Ofensiva Kenobi, la teoría básica es actualmente una doctrina común para la Alianza Rebelde: descoloca a tu oponente moviéndote donde menos lo esperen, y atácales desde el interior.

Sin embargo, podría resultar útil un nuevo enfoque de esta táctica, particularmente contra el poderío de la Armada Imperial. Los imperiales tienen mayor coordinación y comunicación entre naves, y en consecuencia operan conjuntamente con mayor facilidad que la flota de la Alianza. Es necesario un método para mejorar la comunicación entre naves de la Alianza; dado que la Alianza está enfrentándose a una campaña defensiva, los ataques y retiradas coordinados están aumentando su importancia.

Reduciendo la capacidad de comunicación de los imperiales —posiblemente inundando la región inmediata a una zona de combate con material radioactivo o emisor de partículas—, la Alianza Rebelde puede eliminar esa ventaja en particular del arsenal del Imperio. Por supuesto, si se lleva a cabo tal acción, dejará inoperativas las comunicaciones en ambos mandos. Obviamente, eliminar las comunicaciones en ambos bandos de una acción militar reduciría la batalla a una simple ecuación: aquel que tenga más potencia de fuego ganará. Dado que la Alianza Rebelde tiende a tener menos potencia de fuego durante esas batallas, esta ecuación es inaceptable.

En mi opinión, es posible inundar una región con emisores de partículas prefabricados (o, de ser necesario, organizar de antemano las condiciones de la batalla entablándola cerca de una estrella, cuásar u otro fenómeno similar) que limitarán —pero no eliminarán— las comunicaciones. Además, creo que desarrollando un sistema que nos permita una comunicación más rápida entre naves durante tal disrupción, la Alianza puede tener una ligera ventaja en enfrentamientos a gran escala. Mientras exista un

sistema para pasar mensajes por la flota, las comunicaciones quedarán ralentizadas, pero no detenidas. Este sistema, si se efectúa adecuadamente, nos permitirá una ventaja de un 20 a un 50 por ciento en la velocidad de comunicaciones nave a nave, frente a un oponente que no esté preparado; no es una ventaja tremenda, pero una fuerza preparada a menudo puede ganar una batalla aprovechando al máximo cualquier oportunidad.

Asignando a cada nave de la flota una palabra clave, pueden pasarse mensajes de nave a nave y que alcancen su destinatario previsto, en el supuesto de que cada nave permanezca al alcance de las comunicaciones de al menos otra nave. Enlazando los sistemas de comunicaciones con los ordenadores de combate a bordo de las naves de la Alianza, los mensajes pueden pasarse de nave a nave hasta que las instrucciones de mando alcancen el destinatario previsto. Una analogía apropiada para el proceso sería decir que es como hacer saltar una piedra sobre la superficie de una masa de agua. El mensaje rebota de nave en nave, hasta que alcanza el otro lado: el receptor previsto.

Los oficiales de comunicaciones de la Flota de la Alianza ya están siendo entrenados en este sistema, y el ordenador de comunicaciones de cada nave ha sido programado para ayudar al equipo de comunicaciones. La Armada Imperial no tiene instaurado ningún sistema similar, ya que el Imperio no tiene que enfrentarse regularmente a disrupciones de comunicaciones. Se cree que una disrupción momentánea de las comunicaciones imperiales permitirá el éxito de más ataques rebeldes.

Testimonio 87638/37

Testimonio realizado por el comandante Breslin Drake, Inteligencia de la Alianza

En muchas ocasiones, la Alianza Rebelde ha dependido de —dicho sin rodeos— la pura suerte para cumplir sus objetivos. Tomemos como ejemplo la casi destrucción de la Alianza tanto en Yavin como en Hoth; desastres sin paliativos, sin duda, pero el hecho de que la Alianza sobreviviera a ambos ataques simplemente demuestra lo afortunada que ha sido la Alianza.

Desde entonces, la Inteligencia de la Alianza ha capturado datos imperiales relativos a las secuelas de la batalla de Endor, concernientes al estado de la cadena de mando imperial después de la destrucción de la Estrella de la Muerte.

Es probable que la segunda Estrella de la Muerte y el Super Destructor Estelar *Ejecutor* sirvieran como sistema de mando unificado. Teniendo en cuenta la remota posición del sistema Endor, la Estrella de la Muerte, el *Ejecutor* y la flota personal del Emperador eran las únicas fuerzas imperiales importantes en muchos años luz a la redonda. La capital de sector imperial más cercana (y el siguiente eslabón lógico en la cadena de mando) era Cannij Barr, en el sistema Annaj; un sistema a una distancia de casi dos días de viaje con un hipermotor Clase Uno.

Al parecer, el capitán del *Impenitente* actuaba por su cuenta y trataba de establecer la fuerza y posición de los rebeldes para informar a las fuerzas imperiales en Cannij Barr. Esta suposición se ve confirmada simplemente por la presencia de un Destructor Estelar imperial utilizando las llamadas tácticas de ataque y fuga; la doctrina militar imperial simplemente prohíbe tales maniobras, y el hecho del que el *Impenitente* intentara tales acciones es indicativo del estado confuso de la jerarquía de mando imperial. De hecho, la acción era un riesgo potencial para la carrera del oficial al mando del *Impenitente.*

En última instancia, los droides sonda del *Impenitente* no tuvieron éxito en el escaneo del despliegue de la flota estelar de la Alianza. Sólo un número mínimo de droides sonda consiguieron transmitir algún dato de vuelta al grupo de batalla enemigo que se reagrupaba en Cannij Barr. La información que logró llegar a los imperiales era mínima y contradictoria, y creo que esta falta de información fiable respecto al despliegue de la flota de la Alianza, unido a la ausencia de una autoridad de sector coordinada, es directamente responsable de un significante retraso en la represalia planeada por los imperiales. La cautela imperial realmente permitió que la flota rebelde mantuviera Endor y reforzara sus fuerzas en otros sistemas. De algún modo, la Alianza ganó un punto de apoyo.

Realmente la Fuerza nos acompañaba.

FIN DEL TESTIMONIO.

Control Imperial de los Territorios del Borde Exterior

Del diario de la tableta de datos del gobernador imperial Wilek Nereus, introducido pocas horas después de su llegada a Bakura. El diario fue confiscado poco después del Incidente de Bakura.

El Emperador ha insistido durante mucho tiempo que debe mantenerse un control casi total sobre los mundos bajo su dominio. En los Mundos del Núcleo, la Armada Imperial patrulla el espacio abierto, el Ejército Imperial protege las superficies planetarias, y el COMPNOR se asegura de la estabilidad política. La presencia del Imperio es aceptada y, de hecho, bienvenida.

Aquí fuera, en el Borde, es otra historia. Estoy de acuerdo con la política del Emperador de utilizar el gobierno existente de un planeta para mantener el control. Aunque resulta obvio que Su Majestad no considera el Borde como una prioridad.

En los Mundos del Núcleo, donde el gobierno imperial ya está firmemente arraigado, las mejores tropas, las mejores naves y las armas más poderosas están todas a disposición del gobernador. Una intrincada red de inteligencia se extiende por el Núcleo, proporcionando datos a aquellos que deben implementar las políticas de Su Majestad. En definitiva, una posición ideal desde la que mantener el control.

Aquí fuera, lugar tradicionalmente frecuentado por piratas, ladrones y asesinos, mis fuerzas están anticuadas y pobremente entrenadas. Bakura es un caso extraño; tal vez uno de los mundos más remotos del Imperio, sigue siendo una fuente de generadores repulsoelevadores de gran calidad.

Sin embargo, el enfoque de Su Majestad hacia Bakura es un indicativo de una falta de compromiso hacia esta región. En lugar de proteger este sistema con una poderosa nave de guerra o una plataforma espacial Golan, la última línea de defensa de Bakura es un vetusto crucero clase*Carrack*.

Mis tropas son indisciplinadas, y carecen de entrenamiento y motivación. La red de inteligencia necesaria para infiltrarse y eliminar los diversos grupos políticos clandestinos del planeta es inexistente. Todo depende, en última instancia, de la fuerza bruta.

Mi flota de pacificación —que incluía dos Destructores Estelares Imperiales— sometió este simple mundo en cuestión de horas. La pacificación se realizó con un derramamiento mínimo de sangro ya que el planeta ya se estaba desgarrando a sí mismo en un desagradable conflicto civil. El Imperio ofreció una oportunidad de mantener el orden el Bakura, y los bakuranos la aceptaron. Y un único crucero anticuado —sumado a la *amenaza* de una fuerza mayor— es suficiente para intimidar a los bakuranos.

Pacificación

La subsiguiente reorganización de la sociedad bakurana ha resultado ser un efectivo campo de pruebas para nuestra red de inteligencia, así como para las tropas de combate a mi disposición. Con suerte, el destacamento de tropas de asalto de reemplazo que he solicitado acabará con cualquier tonta idea acerca de derrocar el poder imperial que

pueda albergar esta gente. Las fábricas de repulsoelevadores ya están siendo reparadas; dentro de una semana debería volver a comenzar la producción.

Conclusiones

Con suerte, esta pacificación ayudará a persuadir al Emperador de que la región de los Territorios del Borde Exterior merece algo más que tropas de segunda clase y oficiales que hayan caído en desgracia. Aunque no siento ningún aprecio por esta región bastante desolada del espacio, es mi deber como oficial imperial hacer lo necesario para cumplir los deseos del Emperador. Es por ello que he preparado un informe detallado para enviárselo a Su Majestad, describiendo mis procedimientos. Con suerte, el Emperador —que ha cometido el error de escuchar a locos como Tarkin— se dará cuenta de que los Territorios del Borde Exterior pueden dominarse por completo, igual que el Núcleo, con un mínimo de esfuerzo. Espero poder convencer a Su Majestad de que este refugio de rebeldes y piratas puede controlarse fácilmente con la apropiada aplicación de fuerza.

Si tengo suerte, puede que incluso llegue a llamar la atención del Emperador.

Marcas de gusano

—Willye gusano, Willye gusano…

El niño de once años «Willye» Nereus salió huyendo del salón recreativo, cubriéndose los oídos con las manos para amortiguar el cántico. Una carretilla de fusión se abalanzó sobre él. Se apretó contra la pared y jadeó. La carretilla se alejó por el pasillo de la bóveda residencial.

—¡Cuidado, enano! —gritó la conductora. Su cabello naranja salía en todas direcciones, sujeto con lazos en mechones como si fueran largos cuernos rizados.

Pegado contra el muro gris, levantó la vista hacia el techo azul brillante que identificaba ese sector de la bóveda como el Tránsito, libre para los seis gremios. Miró primero a la carretilla, luego de nuevo al salón recreativo, y se concentró en su rabia. Esas burlas llamándole «gusano» le ponían furioso. Nadie tocaba nunca las marcas de nacimiento oscuras y viscosas del dorso de las manos, ni siquiera dentro de su familia…

Especialmente no dentro de su familia.

Con cara de ángel, ojos de querubín y una boca pequeña y arqueada —hermoso, salvo por las marcas de gusano—, Willye siguió un día, poco después de su quinto cumpleaños, a sus hermanos mayores fuera de la bóveda. «Pobre bonito Willye gusano», le cantaron mientras le golpeaban.

Volvió corriendo al interior, clamando por justicia. Sus padres le tacharon de chivato. Él suplicó que le operaran para quitarle las horribles marcas de nacimiento. Le mandaron a la cama.

Ahora sabía que no servía de nada pedir clemencia. Las personas con poder hacían que los demás les obedecieran. Incluso su padre dijo que las marcas de nacimiento se quedarían ahí hasta que su carácter alcanzara algún estándar misterioso.

De modo que Willye necesitaba poder. Tenía que vengarse de esos matones del salón recreativo. Y también de sus hermanos.

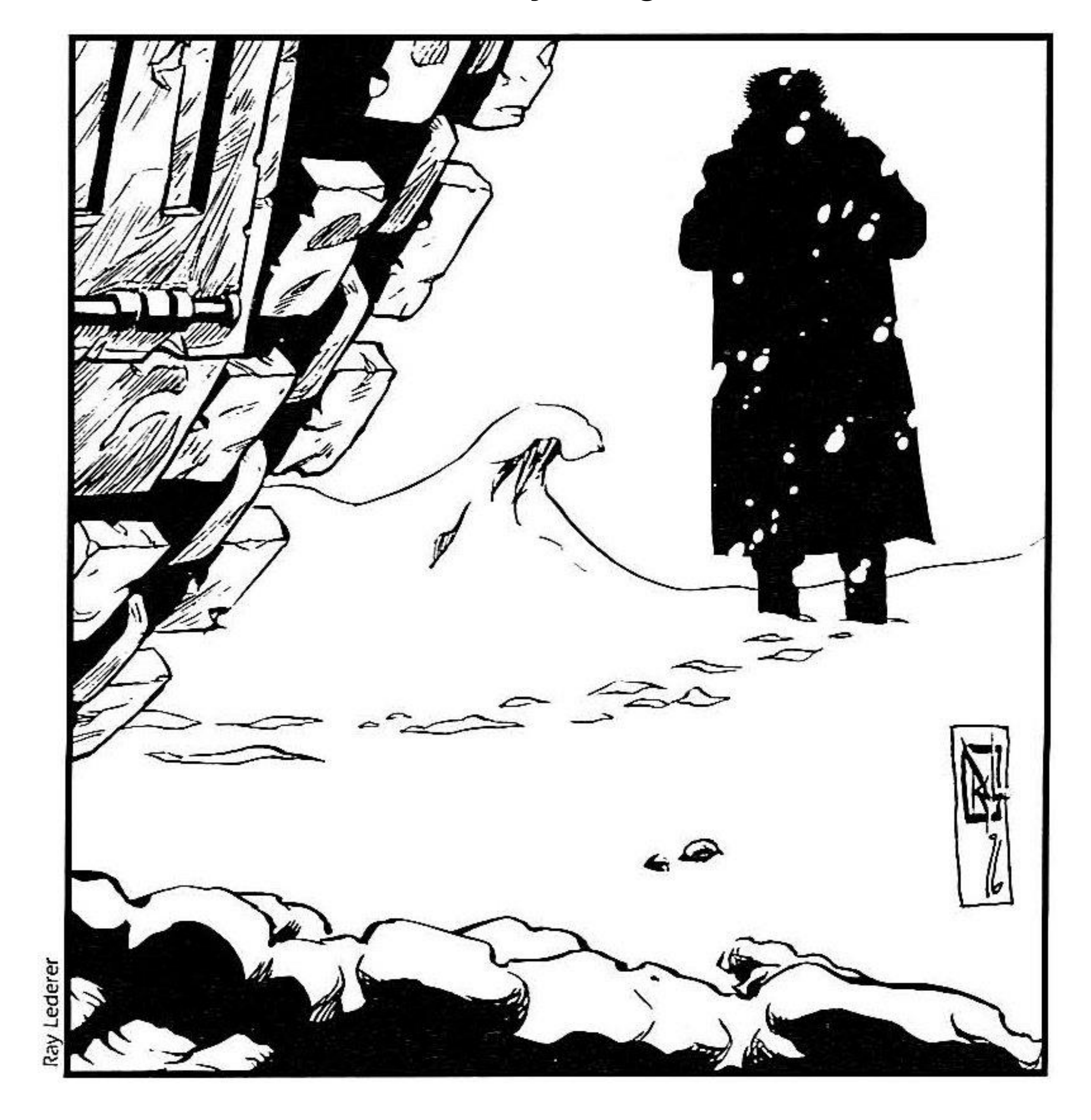
Willye gusano, repetía amargamente. *Willye gusano, Willye gusano…*

El día anterior había leído una nota marginal acerca de los gusanos, en una pizarra de la lección de biotecnología. Los parásitos con forma de gusano vivían en muchos animales nativos, allí en OrulShal III; en sus estómagos, pulmones y corazones, y en ocasiones inclusos en sus ojos. A veces, hacían que los animales enfermaran o incluso murieran; por eso los colonos raramente comían carne nativa. Los animales nativos eran tan sucios como los alienígenas de grandes colmillos que antiguamente los cuidaban, criaturas cuyas imágenes tridimensionales aún causaban pesadillas a Willye cinco estaciones después de que su último poblado fuera erradicado.

Si Willye pudiera encontrar otra vez esa nota al margen… y luego conseguir un animal enfermo y extraerle tres o cuatro parásitos… ¿Cuántos…? Cuatro matones, dos hermanos… seis. Entonces ajustaría cuentas con algunas personas…

Se acarició con un dedo la cruel marca de su mano izquierda. Nadie le trataría como un animal cuando fuera mayor.

Comida y refugio



La gélida ventisca de Alzoc III agitaba el pesado abrigo térmico del uniforme de Pter Thanas, y las ráfagas le penetraban hasta los huesos. Cruzar los brazos delante del pecho le ayudaba a mantener el calor; subir de nuevo en su reptador todo terreno ayudaría mucho más, e iba a hacerlo en aproximadamente un minuto. Estaba de pie a sotavento del reptador, que le cobijaba del grueso del vendaval pero no impedía que parte del viento siguiera azotándole. Gruesas gafas oscuras protegían sus ojos contra el resplandor de las heladas llanuras de Alzoc. Durante el día, los grandes nativos talz de pelaje blanco cerraban sus ojos inferiores, más grandes, y miraban usando un par de ojos más pequeño,

en la parte superior de sus caras redondas. Los soldados de Thanas a menudo se burlaban de los gigantes de cuatro ojos, pero él los encontraba extrañamente bellos.

El pozo parecía una herida en la rocosa superficie de Alzoc. Sus paredes rojizas caían hacia una sombría oscuridad. Cintas transportadoras mecánicas sacaban mineral al exterior, pero los peludos esclavos mineros talz, una vez que bajaban al pozo, nunca volvían a salir. Los hombres de Thanas arrojaban periódicamente por el borde alienígenas jóvenes, para reemplazar a los mineros que morían (la mayoría de ellos de hambre) o que resultaban heridos. Sonaba cruel, pero al caer su grueso pelaje amortiguaba el golpe.

Además, Alzoc sólo proporcionaba un beneficio marginal. Había que recortar gastos. Esas habían sido las órdenes de Pter Thanas.

Pero en los últimos días, subía a diario a ese punto elevado. Mirando al pozo bajo él, observaba cómo trabajaban los alienígenas. Había comparado la productividad de tres docenas de individuos, registrándola en su tableta de datos. Hoy, estaba seguro: Los más grandes y más rechonchos se movían más rápido, y no era un simple asunto de juventud frente a edad. Compartían meticulosamente sus raciones, en lugar de luchar para asegurar la supervivencia de los jóvenes. Los talz eran tan bondadosos como sugería su aspecto.

Si sus trabajadores comían mejor… si trabajaban mejor y más rápido… ¿acaso eso no mostraría mejores beneficios para el Imperio?

Introdujo la mano en un profundo bolsillo de su abrigo. Las tabletas de datos preparadas para el trabajo en climas fríos tenían teclas más grandes, para facilitar su uso con guantes térmicos. Tecleó su presupuesto para la planta de síntesis de alimentos, dividido entre el número de trabajadores del pozo y sus familias tribales en la superficie, añadió algunas variables más, y calculó la ecuación dos veces.

Eso borró sus últimas dudas. Si alimentaba el doble a los talz, la producción se triplicaría. Incluso podría ofrecer primas en alimento a los más productivos.

Pter Thanas introdujo de nuevo la tableta de datos en su abrigo y se volvió hacia su reptador todo terreno. El conductor le abrió la puerta desde el interior.

—A la base —dijo Thanas mientras subía a bordo—. A toda velocidad.

Al sentarse fuera del alcance del viento, sus músculos se relajaron. El ambiente templado le hacía sentirse bien. Al igual que su decisión.

Segunda promesa

El joven bakurano que había conducido a Pter Thanas por Salis D'aar desde la guarnición se puso en posición de firmes frente a una ventana con vidrieras. Thanas se dio cuenta de que nunca antes la había visto. Durante dos años de supuesto servicio a Bakura, jamás había estado en la oficina del primer ministro Captison. Había respondido directamente al gobernador Wilek Nereus.

Captison alzó sus pobladas cejas blancas.

—¿Thanas? Creía que su transporte había partido.

—Y así es. —Thanas echó mano al bolsillo de su pecho. Extrajo la insignia imperial que había retirado de la pechera de su uniforme—. He cometido muchos errores a lo largo de mi vida, primer ministro. Pero no creo que este sea uno de ellos.

Para profunda satisfacción de Thanas, Captison se puso en pie.

—Comandante Thanas, no quiero malinterpretarle. Parece que ha abandonado el servicio al Imperio. Por favor, corríjame si me equivoco.

—No —dijo Thanas soltando el aliento ruidosamente. Un peso invisible cayó desde sus hombros y desapareció—. Está usted en lo cierto. —En su camino desde la guarnición, se había preguntado si Captison le consideraría responsable de traición contra los defensores rebeldes de Bakura—. Entrego el *Dominante* a sus fuerzas, primer ministro. Tal vez yo pueda servir como consejero a su nuevo comandante.

El Imperio siempre había mantenido sus servicios mediante amenazas. Ahora, nada había cambiado, excepto el grado de esas amenazas; el castigo si el Imperio le recapturaba. Sin duda Captison lo entendía. Pero Thanas no era ningún pirata; no secuestraría una nave militar y se convertiría en saqueador. Prefería servir en un rango inferior que abandonar el servicio militar.

Captison tomó la insignia de rango.

—No tengo a nadie en mi fuerza de defensa con su experiencia de mando. Si me promete su lealtad, le mantendré como comandante de las fuerzas de Bakura.

Aliviado, Thanas se inclinó sobre el escritorio para estrechar la mano de Captison.

—Espléndido. Nuestra fuerza de defensa es un desbarajuste —admitió con pesar Captison—. Y prometí al comandante Skywalker que enviaría un escuadrón para apoyar a la Alianza en cuanto fuera posible.

Su primera tarea… ¿enviar fuerzas a la Alianza? Thanas soltó una leve risita.

—¿Por qué no? —murmuró—. Necesito una estación de trabajo, por favor.

—¿Le sirve la oficina de Nereus? El ala de Oficinas Imperial estará bastante silenciosa de momento.

—El silencio me complace, señor.

—Así me lo figuraba. También puede mudarse al apartamento de Nereus. Trataremos de hacer que se sienta cómodo.

»De hecho… —Volvió a sentarse en su asiento y tecleó en su panel de comunicaciones—. Voy a llamar a Tiree. Nos sentiremos honrados si viene a cenar con nosotros esta noche.

—Por favor, comandante —dijo una voz femenina.

Thanas se volvió para ver a la sobrina de Captison, la senadora Gaeriel Captison, atravesando el umbral. Su vestido centelleaba con un patrón de flores de namana, pero el brillo de su sonrisa lo eclipsaba.

Thanas extendió las manos.

—No puedo negarme —dijo—. Gracias.

Auténtico talento

—¡Buena parada, Grifo!

—Te los has comido a todos, Ave de Guerra.

Conn Doruggan disfrutó del chorro de agua caliente en los vestuarios del equipo mientras sus compañeros le vertían alabanzas. La wegsfera, el deporte oficial del Nuevo Orden, crecía en popularidad cada día y, de hecho, sus acciones subían como la espuma. Durante la última hora, saltando en el pozo de juego hexagonal de baja gravedad, había bloqueado el último intento de marcar de la Liga Cobre. Había vuelto a ganar el partido para el equipo Granate.

Le llamaban «Grifo», por un ave de presa alderaaniano. Esperaba ansioso el siguiente partido de la liga contra los extraplanetarios de Raithal… no la academia militar, por supuesto, sino su contrapartida civil. Por primera vez en tres años, Alderaan esperaba ganar.

En Raithal, casi el planeta entero lo vería. El enganche interespacial de la HoloRed costaba a ambas universidades miles de créditos en tasas de comunicación, pero los billetes de visionado se vendían rápido… incluso allí, y Alderaan aún no era un mundo especialmente aficionado a la wegsfera. Conn echaba la culpa a los comentarios despectivos de una joven heredera Organa. Le gustaría verla intentando hacer una parada de wegsfera. Las largas y nervudas piernas de Conn, sus enormes manos y sus excelentes reflejos a baja gravedad hacían de él un campeón.

Se vistió con un cómodo albornoz para después del ejercicio. Con sus amigos Pul y Tannan, tomó la acera móvil que cruzaba el campus de vuelta a la Residencia Universitaria Iihot. El templado viento de primavera agitaba su cabello.

Tannan le dio un codazo.

—Alerta de sangre caliente.

Tres estudiantes femeninas se acercaban por la acera opuesta, vistiendo poco más que lo estrictamente necesario. Conn agarró con los puños su túnica granate y agitó los brazos como si fueran un par de alas. La más pequeña de las mujeres sonrió mientras el grupo pasaba de largo.

—Pídele el número de comunicador, Grif —le incitó Pul.

Caminaron por el ancho vestíbulo de Iihot. Conn echó el zurrón de su ropa al conducto de la lavandería.

—Eh —exclamó Tannan—. Han puesto las notas finales en los tablones personales.

La vida académica, la cruz de la existencia de Conn. Se acercó a Tannan, que ya estaba pulsando controles para mostrar las notas finales de los tres. Tan había sido bendecido con buenas notas toda su vida. Conn aparecía el último. Había aprobado todo —por los pelos— excepto…

—Guau —jadeó Pul—. ¿Qué ha pasado?

—Azzi —dijo Conn, pronunciando el nombre del profesor de Historia Moderna con un gruñido—. No le debe de haber gustado mi ensayo. —El apresurado trabajo de Conn

sobre Expansionismo Humano habría impresionado a otros profesores. Azzi se oponía abiertamente a la «tiranía» del Nuevo Orden, incluyendo sus juegos públicos—. Gracias por nada, Azzi —murmuró Conn. Tendría que repetir esa asignatura durante el verano.

—Mala suerte, Grif —dijo Pul dándole golpecitos en el hombro.

¿Mala suerte? Ese era el insulto final. Los talentos de Conn estaban siendo malgastados allí.

—Vete a llamar al ascensor —ordenó a Pul.

Menos de una hora más tarde, vestido con su traje formal de una pieza, Conn se encontraba frente a un mostrador de reclutamiento. Dos emperifollados oficiales jóvenes estaban sentados al otro lado, bajo un logo tridimensional de la Academia de Servicio Imperial. La Mili de Raithal tenía un currículo serio y riguroso…

Y el mejor equipo de wegsfera del Núcleo.

—En efecto —repitió Conn—. Con efecto inmediato. Puedo llegar al sistema Raithal antes del siguiente trimestre.

El hombre sentado a la derecha de Conn tenía la musculatura y la complexión de un tritón de mantequilla. Pulsó varios botones y frunció el ceño.

—Lo siento, joven Doruggan. Sus notas no tienen nivel para la Academia. Historia Moderna es particularmente cuestionable.

Conn cruzó sus largos brazos y se lanzó a matar.

—Ese profesor es un agitador. Mire la sección de Educación Física. En wegsfera.

El delgaducho sentado a la izquierda alzó una ceja negra y rizada.

—¿Eres wegsferista?

—Uno de los mejores —anunció Conn—. Y no fanfarroneo. Es un hecho.

Se pulsaron más botones. El tritón se puso en pie.

—Ah, Doruggan —graznó—. Hay una beca para cinco cursos reservada para un alderaaniano con tus talentos. Incluye una tutoría especial para asegurar unos resultados académicos satisfactorios. Puedo tomarte juramento de servicio a Su Alteza Imperial en este mismo mostrador. Levanta la mano derecha.

Conn la levantó. *Igual que prepararme para un saque*, pensó.

Siempre en movimiento está el futuro

Luke estaba de pie detrás de Han en el puente del *Halcón*. A su lado, Leia se sujetaba al elevado respaldo del asiento de Chewie. Pter Thanas llevaba varios segundos sin hablar.

Luke se inclinó sobre el hombro de Han y se dirigió al micrófono de transmisión del *Halcón*.

—¿Sigue ahí, comandante Thanas? —preguntó.

—Una pequeña distracción —respondió el comandante imperial—. Si rindo el *Dominante*, ¿garantiza que dejará en libertad a los miembros de mi tripulación, que se han limitado a obedecer mis órdenes?

—No confíes en él —susurró Han.

Luke empujó el hombro de Han.

—Sí —dijo a Thanas. Se aclaró la garganta—. Enviaremos a todo el personal imperial a un punto de recogida neutral, y permitiremos que regresen a sus hogares…

Leia le tomó la mano y apretó con fuerza.

—A menos que alguno quiera desertar —añadió Luke—. Debe dejarles elegir.

—¡Bien! —le susurró Leia al oído.

—No puedo —respondió Thanas.

—No dejes que se escaquee —murmuró Leia—. Podemos ocuparnos de los detalles.

—Ya me encargaré yo —dijo Luke.

—Muy sencillo —dijo Han, arrastrando las palabras—. Cogemos a todos esos simpáticos imperialitos, y…

—Shh. —Luke agarró la pequeña mano de Leia.

Se hizo el silencio entre las dos naves. Luke se extendió en la Fuerza, tratando de vislumbrar el futuro. Pasó rápidamente por el ojo de su mente, cambiando y alterándose mientras Thanas dudaba. El futuro podía fluir en tantas direcciones…

Abruptamente, vio un momento con claridad cristalina. El comandante Pter Thanas, vestido con ropas civiles, estaba sentado en sofá repulsor azul con cojines, con su muslo pegado al de Gaeriel Captison. El suave mantón había caído del hombro izquierdo de la mujer. Suavemente, Thanas le recorrió con un dedo la curva de la barbilla. Gaeri cerró los ojos con gesto complacido. Abrió los labios…

—De acuerdo. —La voz de Thanas quebró la visión—. Llévenme a la Alianza y trátenme como quieran.

La mano derecha de Luke tembló. Llevaría a Thanas directamente a un calabozo a bordo de alguna nave prisión de la Alianza… lejos de Bakura. Haría que…

No haría tal cosa. Otras voluntades podrían conducir al futuro hacia ese punto, incluyendo la de Gaeriel… y la suya propia.

Aturdido, Luke se dio cuenta de que acababa de enfrentarse de nuevo a la oscuridad: una tentación de controlar el destino de otra gente. Esa no era su misión.

Pero, ¿Gaeri? Y… *¿Thanas?*

Exhaló un fuerte suspiro. De pronto no quería tener nada que ver con el comandante Pter Thanas. Pero Dev yacía moribundo, atado con correas a otro de los catres del *Halcón*, más allá de las capacidades curativas de Luke. La rendición de Thanas podría servir a las necesidades de Dev.

—Acepto su nave —dijo Luke a Thanas, deseando que ese momento le trajera el placer que brillaba en los ojos de Leia. Debería hacerlo. Lo habría hecho…—. Y, de momento, su persona. Venga en lanzadera a mi… —Sonriendo por Leia, volvió a empujar a Han—… a mi nave insignia. Y por favor traiga un médico con usted.

Fiscal del Equilibrio

Dol Captison observaba con tristeza cómo su hija menor Ylanda volvía con paso cansado a la mesa del comedor, con los hombros abatidos por la derrota. Se desplomó en su asiento y miró fijamente su postre, que había comenzado a derretirse.

—¿Te has calmado? —preguntó con voz suave Marga, la esposa de Dol—. ¿Llamaste a alguno de los zanazi?

Los ojos verdes de Marga estaban enmarcados en arrugas de preocupación; una sensación de tristeza inundaba lentamente su rostro.

Ylanda apartó un mechón de cabello rubio de sus ojos, pero no contestó. A sus 14 años, era más alta y pesada que Marga o su hermana mayor Gaeriel. Dol suponía que probablemente la había mimado demasiado durante años, creyendo que este día llegaría demasiado pronto… para todos.

Así había sido. Junto al vaso de Ylanda, se encontraba un pequeño cuenco dorado vacío. Dol y Marga habían elegido.

—Lo siento, Landy —dijo Gaeriel, sentada en la mesa frente a Ylanda. Bajo la mesa, sostenía una pequeña pluma blanca. La acarició con un dedo—. No pretendía…

—Presumir —completó Ylanda.

Gaeri se ruborizó, claramente avergonzada. Tenía 16 años, a punto de graduarse en la Escuela Preparatoria de Gesco. La semana pasada, se habían realizado las largamente aguardadas pruebas de aptitud. Como Dol y Marga esperaban, la puntuación de Gaeri fue considerablemente elevada. Esa noche, habían dado a sus hijas el Cuenco y la Pluma que simbolizaban los caminos que debían seguir para el resto de su vida. Gaeriel recibiría la educación ofrecida en la Academia Senatorial de Bakur en Salis D'aar, e Ylanda…

Dol sintió un nudo en el estómago. Tanto él como Marga habían crecido con la Pluma. En la Vida Futura (si existía realmente), renunciarían a las ventajas que habían disfrutado en vida. El Equilibrio había decretado que Yeorg, el hermano de Dol, llevaría el Cuenco en su generación, pero había abandonado la Fe.

Tal vez Ylanda también lo hiciera. Esa noche, Dol comprendió cómo habrían sufrido sus propios padres al darle a Yeorg un pequeño cuenco dorado como única herencia. Un cuenco como el de Landy proporcionaba a su dueño un lugar en un Hogar Sencillo, donde él —o ella— pasaría el resto de su vida. Dol había quedado conmocionado al recibir la pluma. Pensaba que Yeorg obtendría mayor puntuación en las pruebas. Obviamente, Yeorg también lo pensaba. Abandonó su hogar y nunca miró atrás.

—Este es el camino de la vida, niñas. —Marga apartó su plato—. La oferta es generosa. Todos los gastos de Gaeri serán cubiertos. Podrá quedarse con el tío Yeorg.

Tocó la rolliza mano de Ylanda.

—La tuya es una llamada más delicada, Landy.

El cabello rubio le había caído sobre los ojos.

—Dentro de mil años, lo tendré todo. Y ella no tendrá nada.

—Nada no, querida —dijo Marga, alzando una fina ceja—. No quedará despojada de todo, como si fuera…

—¿Cómo si fuera un Jedi? —interrumpió animadamente Gaeri. El día anterior, en el Hogar Sencillo, un zanaz había predicado acerca de los extremos: los Jedi tomaban tanto en esta vida, que el Equilibrio decretaba que no tendrían nada en la Vida Futura.

Dol asintió, y luego miró fijamente a Gaeriel para asegurarse de que entendía lo que significaba el sacrificio de Ylanda. Eran una familia, un todo, un Equilibrio.

—Este es el camino de la vida… aceptar lo que se nos ofrece. El Equilibrio debe preservarse en todas las cosas.

Gaeri sonrió.

—Padre, tú diste mucho de ti mismo. Yo haré lo mismo. Lo prometo.

Ylanda hizo una mueca.

—No puedes pagar de antemano la siguiente Vida. Yo sí puedo. Los zanazi dicen…

—Landy —dijo Dol con firmeza—, ya basta de hablar del tema. Termínate la comida.

Demasiados tipos de ceguera

La puerta de la oficina de la senadora Gaeriel Captison se deslizó hacia un lado, y su hermana Ylanda pasó al interior. La tosca túnica marrón de Landy casi se arrastraba por el suelo. Su cabello rubio había sido eliminado de raíz media década atrás, cuando renunció a su aspecto, a cambio de bendiciones para Gaeri… pero Gaeri miraba boquiabierta cómo se le marcaban los prominentes huesos de los pómulos, cráneo y hombros. Landy no mostraba ese aspecto tan demacrado cinco años antes, ni había olido de modo tan extraño. ¿Qué había estado comiendo?

Gaeriel se apresuró a rodear su escritorio y abrazó a su hermana.

—Me siento honrada. ¿Qué te trae por aquí?

Ylanda retrocedió liberándose del abrazo.

—Con la marcha del Imperio, la Madre del Hogar cree que es seguro de nuevo que venga a visitarte. En ayuno, por supuesto. Para evitar la tentación.

—¿Seguro de nuevo? El Imperio nos dio libertad religiosa… —Gaeri dudó—. ¿No fue así?

—Para ser una niña tan brillante, te engañaron a conciencia. ¿Verdad?

Landy no sonaba demasiado amargada. Los ascetas encontraban regocijo al ser oprimidos. Eso les conseguía más bendiciones en la Vida Futura.

—En efecto, me engañaron —admitió Gaeri—. Siéntate. ¿Puedes tomar té?

Ylanda sonrió con tolerancia.

—Por favor… adelante. Sírveme una taza de agua caliente. Luego podemos sentarnos y beber juntas.

Varios minutos más tarde, Gaeri tomó asiento junto a Ylanda frente a una gran ventana. De su taza se elevaba vapor de aroma dulzón; lejos, más abajo, en el Parque de Estatuas, caía la lluvia sobre las efigies de los antiguos colonos. Vapor elevándose; agua cayendo. Otro equilibrio.

Jugueteó con su colgante esmaltado, sorprendida por sentirse tan incómoda al estar sentada cerca de Ylanda. Las mejillas de Landy mostraban un aspecto cetrino y sus ojos estaban apagados. De acuerdo con algunos zanazi, el Cuenco y la Pluma eran como la materia y la antimateria. ¿Por qué no habían quedado aniquiladas al tocarse?

—Madre y Padre estarían complacidos —anunció Ylanda.

—¿Hm? —preguntó Gaeriel.

—Porque el Imperio se ha marchado.

—¿Eso crees? Al renunciar al estatus comercial imperial, Bakura sólo ha ganado imponderables.

Ylanda miró a Gaeri como si le acabara de crecer una tercera oreja.

—No puedo creer que nunca lo supieras.

Gaeri frunció el ceño. En ocasiones, Ylanda podía ser realmente irritante.

—¿Saber qué?

—Al final, pertenecían a la resistencia.

—¿Pertenecían?

—Madre y Padre.

Gaeriel se quedó sin aliento.

—¿Qué? ¿Cómo podrías saberlo, aunque fuera cierto?

—Estaba a salvo, enclaustrada. Podían confiar en mí. Aún me sorprende que nunca te dieras cuenta. Tú eras la más dotada.

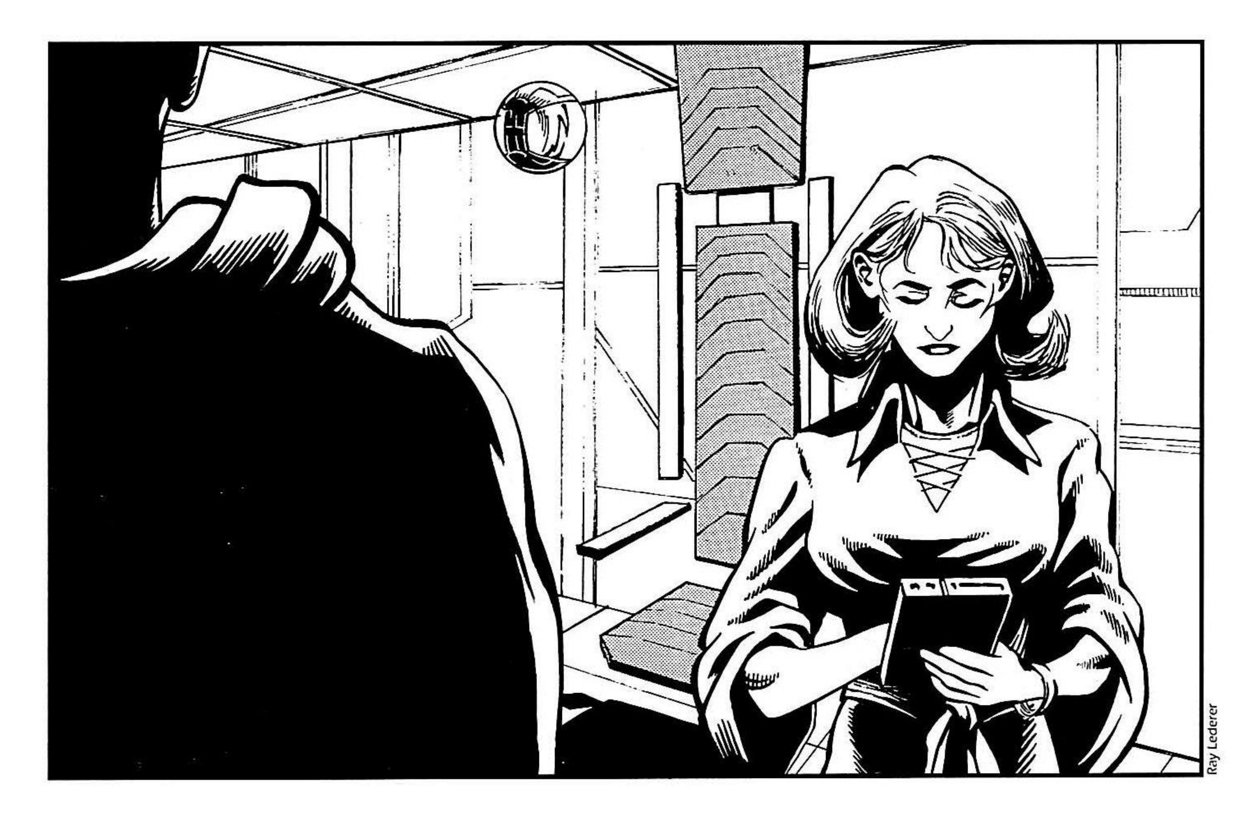
Así eran las cosas: Landy no había cambiado realmente, ni siquiera con la cabeza calva y una túnica marrón. Aún estaba resentida por comprar los privilegios de Gaeri a través de sus privaciones.

—No te creo.

Ylanda introdujo la mano en su túnica y extrajo una pequeña tableta de datos, la única posesión —aparte de su cuenco de limosnas— que se le permitía.

—Personal —dijo, tras teclear varias veces en ella—. Archivo 12-16. Mostrar.

Entonces la tendió a Gaeri.



El fino rectángulo mostraba un mensaje manuscrito de su padre: «Ylanda… Si ocurriera algo, debes saber que estamos retransmitiendo mensajes para la resistencia. No se lo cuentes a Gaeriel a menos que cambien las tornas, pero si el Imperio también le falla, muéstrale este mensaje. Dile que seguimos apoyándola».

Dol y Marga Captison… fiscal general y portavoz de relaciones imperiales… no habían sido atrapados en el lugar equivocado en el momento equivocado, después de todo. Durante casi tres años, Gaeri había creído que la muerte de sus padres había sido accidental, pero ahora sabía la verdad. Les habían tendido una emboscada mientras

llevaban mensajes secretos, y habían pagado por ello, igual que Eppie. Sintió un hormigueo en los dedos.

—Jamás lo había sospechado —susurró. ¿Sus padres, bendecidos con la Pluma, habrían sido empobrecidos en la Vida Futura, o su sacrificio había equilibrado la rueda?

De pronto, se dio cuenta de por qué había venido Ylanda. La semana pasada, 32 ascetas habían pedido ayunar durante un mes, deseando comprar prosperidad para la recién independizada Bakura. Seguramente habían pedido a Landy que se uniera a ellos. Ella debía de haber ido allí para cumplir su deuda con sus padres… por si acaso no sobrevivía.

La semana pasada, Gaeriel había pensado que el ayuno en masa era simplemente ridículo, pero entonces no había parecido afectarle.

—Me pregunto cuántas vendas he estado llevando —dijo con recato. Tenía entendido que hacían falta entre 40 y 50 días para morir de hambre, pero eso era para una persona sana, bien alimentada.

Landy tomó un sorbo de su agua caliente, sosteniendo su taza de cerámica con ambas manos como si fuera muy pesada.

Gaeri fijó la mirada en la lluvia. Había estado engañada respecto al Imperio. ¿Y si ella y Landy creyeran equivocadamente en el Equilibrio? Algunas fes proclamaban que el universo no se balanceaba sobre un estrecho punto, sino que fluía entre los dedos de una entidad viva. Casi ahogó el pensamiento… y entonces, temerosa por Landy, aflojó su presión y dejó que el pensamiento respirara. Luke nunca había desafiado su Fe, sino que era ella quien la desafiaba ahora. ¿Y si Ylanda había sufrido innecesariamente?

¿Y si Gaeri había rechazado las dubitativas atenciones de un admirable joven Jedi… por nada? Su fuerza de ataque había abandonado Bakura hace semanas…

Pero Landy estaba allí, y con vida, y si Gaeri no decía nada, podría llevar eternamente a Landy en su conciencia. Era ridículo pensar que el hecho de que alguien se arriesgara a morir de inanición pudiera ayudar a la prosperidad de Bakura. Gaeri debía acoger a Landy, apoyarla, revertir algunas de las injusticias entre ellas. El tío Yeorg y la tía Tiree lo entenderían.

Ella ya no creía. La idea le dejó atónita. Si no hubiera conocido a Luke, puede que hubiera dejado que Landy siguiera adelante con eso.

—¿Puedes quedarte esta noche? —preguntó con suavidad—. Tenemos tanto de que hablar.

Ylanda volvió a guardar su tableta de datos entre sus ropas.

—Siempre que me permitas dormir en el suelo —respondió remilgadamente—. Y no puedo comer tu comida.

Gaeri asintió.

—Se lo diré a la tía Tiree.

Voy a alimentarte con cosas peores que la comida, Ylanda, pensó. *Tengo la cabeza llena de pensamientos venenosos. Puede que salven mi conciencia… y tu vida.*

Punto de equilibrio

El primer ministro Yeorg Captison miró a través del panel de la vidriera de su ventana al Parque de Estatuas. La indecisión le desgarraba. Los líderes rebeldes mantenían una actitud discreta por el momento; los Ssi-ruuk estaban en órbita, esperando…

Y Wilek Nereus esperaba a que atacaran los alienígenas. Cuando el Imperio tomó el control, Yeorg quedó complacido por la política de Nereus de dejar en su sitio el gobierno de Bakura. Pero en su corazón, Yeorg sabía hacia dónde Nereus estaba llevando ahora a Bakura. Años de experiencia le aseguraban que el 90% de los bakuranos estarían contentos si el Imperio tuviera el control directo, pero la autoridad del gobierno nativo iba decreciendo constantemente…

Si Bakura se realineaba con los rebeldes, habría terribles dificultades para muchos bakuranos.

En cuanto a su familia… Tiree merecía ciertas comodidades, y el programa de impuestos de Nereus la iban privando lentamente de sus terrenos.

Eso, se dijo a sí mismo, *es un pensamiento indigno.* Necesitaba una transfusión de joven idealismo para equilibrar el pragmatismo que se había instalado en su alma con la edad y las comodidades.

—¿Ellice? —dijo hacia un panel de su escritorio—. Contacte con la princesa Leia. Sugiérale que… que tengamos una charla —ordenó. No parecía nada comprometedor, pero él sabía que no era así.

Y la senadora Organa también lo sabría.

El amor del cobarde

—Mujer, eres una amenaza para la sociedad —dijo Wilek Nereus.

Orn Belden apretó los puños, sujetos en su regazo con un par de fríos grilletes. Miró indefenso desde el otro lado del escritorio de marfil de Wilek Nereus. Eppie estaba sentada bajo un marco compuesto por colmillos, con la espalda erguida y mirada penetrante.

—Viniendo de usted, gobernador —respondió la mujer—, eso es todo un cumplido.

Nereus hizo girar su silla.

—Pero el Senado Bakurano sigue necesitando un líder para la oposición leal. Estoy dispuesto a ser indulgente… contigo, Belden. No con ella.

Orn se avergonzó por sentirse aliviado.

—Por favor —murmuró—. Deje que Eppie se vaya.

Nereus alzó una ceja.

—¿El valiente líder de la resistencia se debilita?

—Orn, no —exclamó Eppie—. No después de todo lo que hemos…

Orn meneó la cabeza. No le gustaba la sonrisa que se extendía desde los ojos hasta la boca de Nereus, levantando sus labios. Esa curva mostraba más crueldad que buen humor.

—Puedo ejecutar a tu esposa —dijo con calma—, o bien asegurarme de que ya no me causa más problemas. Has sido todo un problema, mujer.

Eppie soltó un bufido.

—El Imperio no sabe qué hacer con las mujeres inteligentes.

—Elige, Belden —ordenó Nereus.

Orn había celebrado 164 cumpleaños, 101 de los cuales habían sido en compañía de Eppie. Sus sentidos se habían apagado —le habían realizado siete trasplantes oculares, y su audición estaba mejorada con amplificadores acústicos ocultos—, pero si Nereus ejecutaba a Eppie, la vida no incluiría nada del placer que deseaba.

El gobernador había encontrado su punto débil.

—Orn —le reprendió Eppie—. Déjame morir por Bakura. Así Nereus no podrá controlarte.

—Ah. —Nereus posó las palmas de sus manos sobre el escritorio—. Pero tú no quieres perderla, ¿verdad?

Orn negó con la cabeza, rápidamente y con fuerza.

—Entonces propongo una operación menor. No afectará a sus reflejos… ni disminuirá su belleza. —Arrugó los labios y la nariz—. Pero impedirá que me suponga una amenaza, y yo me mostraré generoso y magnánimo. ¿Trato hecho?

Eppie abrió los ojos como platos. Orn casi podía sentir cómo se mordía la lengua.

—¿Qué clase de operación menor? —El miedo secó la boca de Orn.

—Sin detalles, Belden. Sólo prometo que será más fácil para ella. Indoloro. O… ¿debo ordenar su ejecución?

Orn trató de tragar saliva. Era demasiado cobarde para dejar que Nereus matara a Eppie si quedaba alguna oportunidad. Al contrario que los seguidores del Equilibrio Cósmico, él y Eppie no creían en ninguna vida eterna. La muerte acababa con todo.

Orn pudo ver en los ojos de Eppie que ella ya había dicho todo lo que iba a decir. Ella estaba dispuesta a morir, pero no quería que él sufriera. Orn sintió un nudo en el estómago. Se secó el sudor de la frente.

Delicadamente, Wilek Nereus se frotó las manos enfundadas en guantes negros.

—En mis manos, los sediciosos mueren por cuestión de milímetros.

Orn toquiteó sus grilletes. No debía pensar en el sufrimiento de Eppie. Debía pensar en Bakura. ¿Qué significaría para el senado su elección? Si Eppie vivía, Nereus podría amenazarla una y otra vez, controlándole, influenciando las decisiones en Bakura. La valerosa Eppie estaba dispuesta a morir. ¿Acaso no debería dejarla marchar?

Pero la amaba. Inclinó la cabeza. No podía mirarla. Evidentemente, el amor de un cobarde carecía de valor… pero el amor era todo lo que le quedaba.

—No la ejecute, Nereus.

—¿Es esa tu elección?

—Sí. Pero sea delicado, o juro que le mataré.

—Ah. —Nereus mostró a Eppie una sonrisa como la de una serpiente saludando a un roedor acorralado—. Tienes razón, Belden. Yo también querría que mi pareja fuera tratada con delicadeza. Puedes quedarte a mirar… para asegurarte de que mantengo mi palabra. —Se puso de pie—. Sigamos esta conversación en la clínica.

Un sedicioso menos

El rostro de la princesa rebelde flotaba en la memoria de Wilek Nereus, provocándole. Se le había sentado sobre el pecho y le había presionado sus sensibles fosas nasales con las afiladas esposas hasta que comenzaron a manar lágrimas de sus ojos. Cuando sus lentos hombres reaccionaron y finalmente la aturdieron, quería pisotearle esa cabeza llena de gravilla. Pero había aprendido a ser paciente. Ese era el poder definitivo. Podía esperar.

Sin embargo, alguien iba a pagar. Tenía el pecho, el abdomen, la espalda y la nariz doloridos y entumecidos.

Seguido por dos soldados de la armada, caminó con paso firme hacia una celda de detención en el sector de Oficinas Imperiales. El Supervisor Médico Yanglan corrió hacia él.

—¡Deprisa! —exclamó el especialista en interrogatorios, con su poblado bigote—. Sólo aguantará unos pocos minutos.

Nereus caminó ligeramente más rápido. Esta vez habían atrapado a Orn Belden implicado de lleno, sin posibilidad de librarse o evitar su castigo.

Entró en la celda de retención. El corpulento humano yacía esposado en una mesa en el centro. Las líneas rojas y verdes del monitor en una de las paredes no significaban gran cosa para Nereus, peri cuando Yanglan las vio, hizo una mueca.

—Hazlo —ordenó. Su ayudante abrió una válvula instalada en un tubo que terminaba en el bíceps de Orn Belden.

Afróntalo como un hombre, Belden. Nereus se acercó unos pasos. Observó el rostro del anciano. Belden yacía con la boca abierta, jadeando con esfuerzo. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente y sus mejillas rojizas.

Abrió los ojos.

—Hola, Nereus —jadeó—. No tengo nada que decirle. Voy a morir. Ya era hora, supongo.

Nereus miró al médico.

—¿Va a…?

Yanglan echó un vistazo al monitor de la pared.

—Vivirá varios minutos. Tiene más estimulantes que plaquetas en su corriente sanguínea, y el loquasin va de camino a su cerebro. En dos segundos comenzará a hablar. No parará hasta que todo haya acabado.

—¿Estás seguro?

El médico asintió.

—También se le ha administrado una potente dosis de tres estimulantes cardiacos. Lo perderá en el instante en que pase su efecto.

Nereus sonrió.

—Así que ya está muerto. Sólo que aún no lo sabe.

Yanglan retrocedió unos pasos, frunciendo el ceño.

—No hable conmigo. Hable con él.

Nereus se inclinó sobre el sudoroso rostro de Belden. Podría preguntar si había alguna relación entre el «amplificador de voz» de Belden y los recientes fallos de vigilancia. Podría preguntar nombres de otros subversivos. Líderes de células. Registros. Planes. Quería información.

Pero podía obtener información en cualquier parte. En ese momento, lo único que quería era ver a alguien retorcerse de dolor. No podía descargar su ira sobre Leia Organa; y puede que todavía necesitase a Yeorg Captison en la estructura de poder bakurana, si Captison seguía dispuesto a claudicar.

Belden moriría como chivo expiatorio.

—Base de datos —exclamó Nereus al aire—, graba.

—Grabando —respondió una suave voz masculina.

—Habla, Belden —ordenó Nereus—. ¿Quién trabaja contigo en la resistencia?

Para su asombro, Belden comenzó a cantar.

—Siempre puedes distinguir a un tipo del COMPNOR por el modo en que muerde su cuchara…

—Detente —ordenó Nereus. Los segundos iban pasando. Belden aún no sufría.

—Y por el modo en que las plumas nacen de su mandíbula cuando aúlla a la luna…

Nereus se quitó un guante. Golpeó la mejilla de Belden con tanta fuerza que le dolió su propio codo.

Belden enseñó los dientes y se lanzó hacia la mano de Nereus. Falló por escasos centímetros.

Mordedura humana: ¡riesgo de infección! Nereus volvió a ponerse el guante.

—¿Quién trabaja para ti, Belden?

—Oh, les pateamos el trasero en Yavin y los escombros brillaron durante días…

¿Dónde había aprendido esa repugnante cantinela?

—Yanglan —dijo Nereus mirando al otro lado de la mesa—. Bastón aturdidor.

—No creo que deba…

—Hazlo.

El supervisor médico se puso de rodillas y rebuscó debajo de la mesa.

Belden giraba la cabeza de un lado a otro, sonriendo a los muros.

—He esca-apado —cantó—. Bakura irá con los rebeldes. Bakura irá con…

Yanglan se puso en pie, blandiendo una larga vara metálica. Nereus se apoderó de ella. Golpeó la nariz de Belden.

—Deja de cantar —gruñó.

Belden trató de esquivar el bastón.

—Bakura irá con los rebeldes —repitió—. Puedes retrasarlo, pero no puedes impedirlo.

Luego volvió a cantar con rechinante voz de barítono:

—Oh, el gobernador de Salis es un hombre muy trabajado-o-or…

Nereus activó el bastón y golpeó con él el oído de Belden. Belden dejó escapar el aire de su garganta con un estertor. Entonces hizo una mueca, separando por completo los

labios de los dientes. Su cuerpo se sacudió en espasmos durante dos segundos… y entonces se relajó. En el monitor de la pared, luces rojas parpadearon salvajemente.

El Supervisor Médico Yanglan y su ayudante se quedaron inmóviles en posición de firmes.

—Resucítalo —ladró Nereus.

—Lo siento, señor —comenzó a decir Yanglan—, pero los estimulantes…

—Cállate.

Nereus apoyó el bastón en el pecho de Belden. Belden no se movió. Nada.

Qué decepción.

Nereus *impediría* que Bakura fuera con los rebeldes. Lo había impedido en otros mundos, sólo con unos pocos millones de pequeñas criaturas como aliados. Bakura era suya. Necesitaba agarrarla con más fuerza.

—Calculaste mal, Yanglan —gruñó.

Sabiamente, el médico se abstuvo de protestar.

—Sí, señor.

—Pronto tendrás más pacientes. Divide la sala principal. Necesitarás al menos 20 mesas. ¿Cómo estás de suministros?

—Loquasin, bien. Bavo Seis, adecuado.

—¿OV600?

—Sólo unas pocas ampollas.

Nereus se frotó la cara.

—Si te quedas corto, el clásico terror sigue siendo efectivo. ¿La princesa ha recobrado la consciencia?

Yanglan repitió la pregunta por un comunicador. Nereus escuchó la respuesta:

—Aún no, señor.

Nereus estudió el cadáver. Había esperado durante años poder castigar finalmente a Orn Belden. Sólo lamentaba que Belden no hubiera sufrido más.

—¿Debo traer al otro prisionero? —preguntó el teniente naval que vigilaba la puerta—. ¿A Captison?

Nereus estiró los hombros.

—No, hagamos esperar al primer ministro. Diga a los medios que Orn Belden murió de… médico, ¿de qué habría muerto, si tú no lo hubieras matado?

—Hemorragia cerebral, señor.

—Hágalo así, teniente. Estaré en mi oficina.

Libre elección

Eppie Antruse nunca antes había visto a sus padres así de obstinados. Su padre caminaba de un lado a otro frente al enorme ventanal del apartamento. Tras él, los anillos de las coloridas luces callejeras de Salis D'aar brillaban a través de la lluvia primaveral agitada por el viento.

—Ep, es 30 años mayor que tú. Puede que eso no importe ahora, pero cuando tengas 90 él tendrá…

—He hecho los cálculos para todo el siglo que viene. —Eppie quería dar un pisotón de rabia en las baldosas del suelo, pero tenía 31 años estándar, demasiado mayor para eso—. Aún podríamos celebrar nuestro centésimo aniversario. Sin problemas.

—Esto es poco más que un mundo fronterizo…

—Nuestros droides médicos son tan buenos como cualquiera del Núcleo. Puedes esperar llegar hasta los 200. Tú mismo lo dijiste…

La madre de Eppie se asomó en el arco iluminado de la puerta de la cocina, vestida con una larga bata de noche negra.

—Una diferencia de 30 años le coloca en una generación diferente. Crecisteis en distintas circunstancias. Casi es de nuestra edad.

—Es un senador respetado. —Eppie cruzó los brazos con aire desafiante—. Queríais que encontrase alguien respetable. Probablemente os sorprenda que él me quiera.

Sus padres se miraron entre sí. A juzgar por las arrugas de expresión alrededor de los ojos de su padre, estaba comenzando a ceder. Pero la mandíbula de su madre permanecía firme.

Querían que fuera feliz.

—Tiene tanta chispa, madre. —Se relajó y dejó que su voz les mostrara lo orgullosa que estaba de Orn.

—Los cargos de senador son hereditarios —dijo severamente su madre—. No es algo tan respetable.

—Tú misma dijiste que es un senador que no ha vacilado cada cinco años.

—Cierto. —Deteniéndose cerca del arco de la puerta, su padre dio un ligero codazo a su madre—. Es un senador que eligió pronto su camino y se mantuvo firme en él.

—Pasando por ocho cambios de gobierno —replicó la madre de Eppie—. ¿Qué clase de seguridad laboral hay en un cargo de senador?

—Le amo, madre —dijo Eppie con dulzura—. Aunque haya dificultades en nuestro camino…

—Las habrá. —Su madre cruzó los brazos y la miró con seriedad. Iluminada desde todos los ángulos por los paneles del arco y enmarcada por la bata negra, su rostro parecía brillar—. Cuando más mayor me hago, más respeto a la gente de más de 60 que sigue sonriendo. La vida es dura, Eppie. Querrás a alguien que te haga lo bastante feliz para soportarla.

—Ya le he encontrado —dijo Eppie, extendiendo las manos. Pensar en Orn le hacía sentir como si pudiera agarrar el universo con ellas.

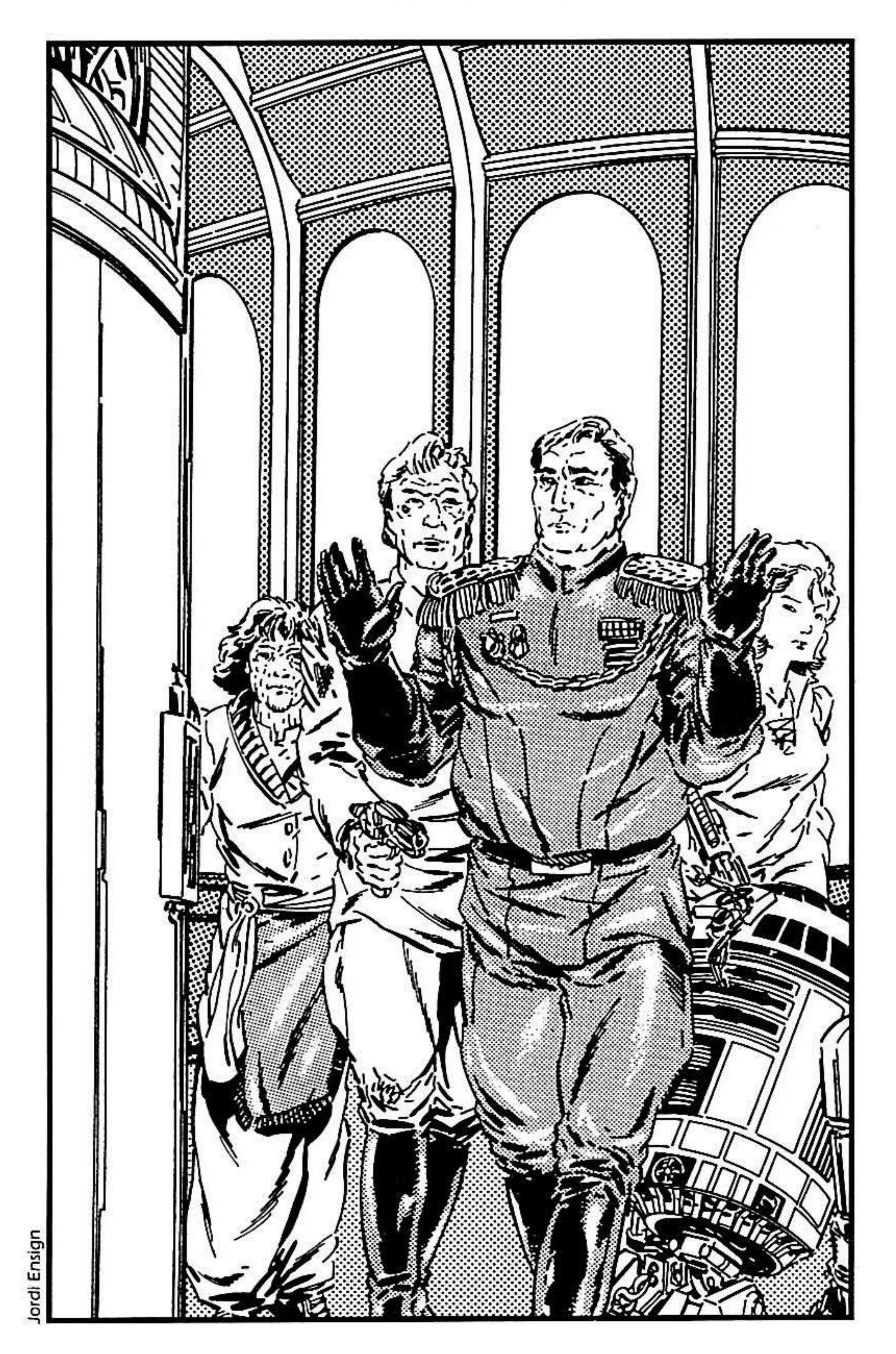
Tras varios instantes, su padre deslizó el brazo sobre los hombros de su madre.

—Nuestra pequeña niña ha crecido.

La madre de Eppie se apoyó en él y suspiró.

—Espero que dure. Pero eso depende de Orn y de ti.

Desfile militar



Las articulaciones de Eppie Belden crujían a cada paso, pero no estaba dispuesta a dejar que eso la privara de ese placer. Ya tendría tiempo más tarde de sentarse y quejarse. Wilek Nereus caminaba varios pasos por delante de ella, con las manos levantadas a ambos lados… tal y como ella le había ordenado. El droide R2 de los rebeldes rodaba a su lado, lanzándole pequeñas descargas eléctricas cada vez que alguna de las manos se desviaba siquiera un centímetro.

El joven Yeorg Captison caminaba detrás junto a Eppie. Sostenía el bláster de Nereus —ajustado en aturdir— con un agarre cómodo y firme… a pesar de varias tiras de sintocarne fresca ocultas por los jirones de su manga izquierda. Clis casi le había rebanado las muñecas al cortarle las esposas con una vibronavaja. En esos días era difícil encontrar buenos ayudantes.

Eppie sabía sin necesidad de girarse que Gaeri caminaba en la parte trasera del grupo, sosteniendo un rifle bláster como si pretendiera usarlo como garrote para golpear a alguien. La chica no tenía entrenamiento con armas. La imagen de la joven sosteniendo un rifle había hecho palidecer a Wilek Nereus… así que Eppie había dejado que Gaeri lo conservara. Periódicamente, Gaeri dejaba escapar pequeños quejidos que sonaban como si tuviera una herida reciente, pero Eppie no podía prestar demasiada atención a Gaeri. Si sobrevivían a esa crisis, Eppie ofrecería a la chica una auténtica educación. Obviamente, el armamento no estaba cubierto en esa lamentable excusa de universidad en Coruscant.

Eppie apenas podía creer que estuviera de pie, caminando, dando órdenes… incluso sosteniendo un bláster. Ella y Orn nunca habían creído en nada que no pudieran sostener con sus propias manos. Pero ese joven Jedi había demostrado que Eppie era en parte física, y en parte… algo más que hormonas y nervios. Eso la atemorizaba más de lo que Nereus jamás había logrado hacerlo. Sacudía el núcleo de todo lo que siempre había creído… o, para ser más exactos, lo que no había creído.

Yeorg se sacudió una mota de polvo del lado izquierdo de su túnica hecha trizas.

—Eppie —dijo en voz baja—. Lamento terriblemente lo de Orn…

—No pasa nada —le interrumpió. Habría deseado que Orn hubiera sabido cómo se había curado a su misma. Aunque tampoco podía pensar en Orn en ese momento. Más tarde—. Estoy segura de que ambos hicisteis lo correcto. En cualquier guerra hay bajas. De hecho… —Miró con furia la ancha espalda de Nereus—. Creo que Orn habría estado encantado de morir como un héroe a los 164. Le habría dado algo por lo que afrontar sus achaques matutinos.

Al final del cavernoso pasillo, frente a un par de huecos de ascensor, Nereus se dio la vuelta. Eppie le miró por encima del visor de su bláster.

—Esta es tu última oportunidad, anciana —gruñó—. Sube a ese ascensor con tu grupo —dijo señalando a la derecha. Erredós le dio una descarga en el codo. Él encogió de nuevo la mano—. Yo tomaré el otro. Más tarde, puede que me sienta inclinado a ser clemente…

Eppie estalló en risas.

—¿Puede que te sientas inclinado? Eh, droide.

La unidad R2 trinó una pregunta.

—¿Puedes sujetar esto a su pierna? Nos lo llevamos al techo. No quiero que le dé por saltar desde allí.

El droide se acercó más a Nereus. Extendió un cepo metálico y rodeó la pernera del pantalón de Nereus. Zumbando para sí mismo, lo apretó tanto que recogió toda la tela sobrante de la pernera, haciendo que el tobillo de Nereus pareciera delgado en comparación.

Eppie dio unos golpecitos a Yeorg en el hombro.

—Eh —dijo—. Los droides pueden resultar útiles.

Yeorg se sujetó la mano del bláster con la otra mano, un gesto casual que dejaba claro que aún podía disparar en cualquier instante.

—Suba a bordo, gobernador —dijo.

Luke y Gaeriel

De las notas privadas de Voren Na'al.

El comandante Skywalker era reacio a hablar de la senadora Captison, pero la princesa Leia le recordó (con bastante tacto, creo yo) que cualquier cosa relevante para los futuros Jedi debería ser registrada por si acaso le pasara algo a él. Después de prometerle no publicitar ninguna ramificación personal de este incidente, accedió a hacer declaraciones:

La presencia en la Fuerza de cada persona es una sensación distinta, como los colores son diferentes a los sabores… o incluso a otros colores. Lo extraño es que nunca pude sentir con exactitud la presencia de la senadora Captison. Tenía un efecto peculiar en mi capacidad de percibir cualquier cosa a través de la Fuerza.

La sensación es difícil de describir. Su presencia —sé que suena como una locura— parecía hacer la propia Fuerza más rica, más llena de vida. Si es una habilidad que ella posee, otro Jedi experimentaría el mismo efecto en su presencia. Si no lo es, entonces debe ser algún extraño efecto que su presencia en la Fuerza tiene sobre mí.

Algún día, tal vez otro Jedi pueda investigar el asunto… pero la senadora Captison probablemente tenga objeciones religiosas.

Consulté a dos estudiosos de Historia de la República, de los cuales la Alianza sabe que estudiaban en secreto la tradición Jedi. Con independencia uno del otro, ambos sugirieron la misma hipótesis: que el comandante Skywalker experimentó el equivalente en la Fuerza a lo que comúnmente se denomina «química», la observable pero inexplicable atracción entre dos individuos de la misma especie. Tal vez la atracción de la Fuerza, como su contrapartida física, pueda explicarse como un intento evolutivo de perpetuar la especie y los individuos con tales características.

Encuentro especialmente conmovedor su comentario acerca de la religión de Gaeriel Captison, el Equilibrio Cósmico. Este parece ser un asombroso caso de dos jóvenes demasiado recelosos a lanzarse a una relación física cuando sus situaciones espirituales y políticas lo prohibían. Se nos dice que el amor lo conquista todo, pero «felices para siempre» es mucho tiempo —¡especialmente ahora que los humanos precavidos tienen una esperanza de vida de 200 años!— y algunas relaciones hacen infelices a ambas partes en menos de una década.

La senadora Captison, ahora uno de los líderes del Senado Bakurano, aún reside en Bakura. La entrevisté brevemente:

Sí, el Senado ha elegido un representante para la Alianza de Planetas Libres: Josek Haime, de Ciudad Gesco. El comandante Skywalker me pidió que me presentara para el puesto, pero con mi entrenamiento y mi inclinación prefiero quedarme en Bakura junto a mi tío, el primer ministro Yeorg Captison.

Sigo creyendo que los Jedi alteran el balance del universo por el mero hecho de existir. Dicho eso, deje que responda directamente a su segunda pregunta: encuentro al

comandante Skywalker perturbadoramente atractivo. Si una persona con sus habilidades amara a alguien, creo que es posible que un día pudiera llegar a odiarle, y —si hemos de aceptar sus afirmaciones acerca de en qué se había convertido el Emperador Palpatine— pensar en esa idea es aterrador. Él me admitió que cuanto más poderoso en la Fuerza se vuelve un Jedi, más se ve tentado por el lado oscuro.

De modo que aunque los Jedi alteren el balance de poder del universo, ellos experimentan un balance de poder propio. Tal vez su destino sea parte del equilibrio del cosmos, y no algo aparte, después de todo. Pero este es un asunto para mis superiores espirituales. Por favor, si tiene más preguntas diríjase a un zanaz cualificado.

Por desgracia, debido a lo limitado de mi estancia en Salis D'aar, fue incapaz de reunirme en persona con ninguno de los zanazi del Equilibrio Cósmico.

Matemáticas Ssi-ruuvi

De la tableta de datos de Voren Na'al.

La descodificación de los ordenadores del *Shriwirr* se retrasó ligeramente al descubrir que los Ssi-ruuk usan un sistema matemático en base 12, con 11 dígitos y un elemento similar al cero, en lugar de nuestro sistema de nueve dígitos y el cero. Consulté a Mason Simpson, profesor de matemáticas en la academia de Salis D'aar —un caballero alto y encorvado con un repertorio aparentemente ilimitado de buenos chistes— mientras tomábamos unas jarras de cerveza amarga bakurana en un bar del centro.

—Bueno, desde luego que los Flautas usan base 12. —Se apoyó con ambos codos en la mesa y se retorció el bigote—. Tienen tres dedos en cada pie y tres garras en cada mano. Contaban con ambas manos y con los pies hasta que se volvieron civilizados, igual que nosotros.

»Y las docenas pueden dividirse en 2, 3, 4 y 6. Para las matemáticas en cifras bajas, son más prácticas que las decenas. Piensa en todas las cosas que contamos por docenas.

Mientras yo pensaba, él tomó un trago de su jarra. Después de limpiarse la espuma del mostacho, continuó.

—En cuanto dieron el salto a los cálculos electrónicos, probablemente ellos también se volvieron vagos. No importaba si sus teclados tenían 10 símbolos o 12; simplemente memorizaron la ubicación de los dígitos y tecleaban.

»Pero nuestros traductores, allí arriba —añadió, mirando al cielo—, probablemente se estén encontrando la palabra «docena» por todas partes.

»Lo que me recuerda una historia…

La creación según los Ssi-ruuk

De la tableta de datos de Voren Na'al.

Antes de abandonar Bakura, pasé varias horas a bordo de la nueva nave rebelde *Sibwarra*, denominada *Flauta* por su tripulación. El personal de la Alianza fue extremadamente colaborador, permitiéndome asentarme en el puente para investigar y proporcionándome una máscara de filtrado para protegerme del olor acre de la nave. Ninguno de los ordenadores del *Sibwarra* ha sido descargado. El programa de traducción de Ce-Trespeó y Erredós-Dedós resultó ser de más ayuda que el sistema de habla del *Sibwarra*, y pude acceder a una vasta biblioteca. De una copia codificada de su bárbaro y fascinante libro sagrado, el *G'nnoch*, extraje su relato de la creación.

Del Primer Huevo…

Del primer huevo nacieron dos: Ssi y P'w'itthki. Ssi y P'w'itthki daban y tomaban vida, creaban y transformaban. El mundo se movía en círculos, inspirando y espirando, y el olor de la monotonía duró doce mil años.

Entonces Ssi insufló vida en el segundo huevo. De él nacieron sus hijos. P'w'itthki insufló vida en el tercer huevo y de él nació descendencia para servir a los hijos de Ssi. Sus nuevos olores se mezclaron en un sabroso aroma.

Con el tiempo, P'w'itthki incubó ideas infames. Tratando de desplazar a Ssi, P'w'itthki instruyó a sus hijos para que declararan la guerra a los primeros nacidos, sus ancianos.

Ssi defendió a los suyos, y vencieron a la maloliente progenie de P'w'itthki. Pero consumieron toda la yema que quedaba en el primer huevo, y cuando soplaron los vientos helados, se estremecieron, y algunos murieron.

La peste de la muerte asustó a los hijos de Ssi. Alzaron sus garras hacia Ssi, suplicando comida, calor y luz.

Ssi luchó contra P'w'itthki y le venció, y le mató. Perdonó a la descendencia de P'w'itthki, pero para permitirles expiar su rebelión, les ordenó que sirvieran a los Ssi-ruuk. Vertió sus aguas de consagración en Lwhekk y lo convirtió en un mundo sagrado. Entonces juró ante su progenie: Aquellos que habían muerto los recogería en el Cuarto huevo, su propio hogar.

Ssi enseñó a sus hijos a extraer el poder de la descendencia de P'w'itthki, y a realizar el rito en su juventud, antes de que la edad los volviera rebeldes. De ese poder obtenían comida, calor y luz.

En tiempos posteriores, los hijos de Ssi aprendieron a abandonar Lwhekk. Él les advirtió, diciendo:

—No puedo prometeros un viaje seguro al Cuarto huevo desde mundos sin consagrar. Debéis realizar ritos sagrados en cada nuevo mundo-huevo, para que no muráis allí y vaguéis eternamente.

Pero para su gozo y su sorpresa, los Ssi-ruuk encontraron muchas formas nuevas de descendencia, las nidadas de otros fundadores de mundos. Pidieron a Ssi que les ofreciera también esas descendencias, y Ssi les entregó el poder vital de los otros. Y vertieron aguas sagradas en otros mundos, y reclamaron para sí otros mundo-huevos.

Y muchos nuevos olores llegaron a las lenguas olfativas de Ssi, complaciéndole, y el universo creció.

Nota final, por Voren Na'al: De acuerdo con un programa de análisis literario ofrecido por Ce-Trespeó, partes de este relato son antiguas, pero otras fueron escritas recientemente, imitando el estilo antiguo. Algunas no se traducen con facilidad al básico. Quedé particularmente confundido acerca de «consagrar» mundos. Durante mi búsqueda no encontré ninguna otra referencia. Encontré una referencia externa a las «aguas de consagración» en un texto médico, pero describía pruebas para infecciones de fluido espinal. Probablemente no sea relevante para las prácticas religiosas de los alienígenas.

Extraños con caramelos

No había demasiado trabajo para un historiador militar en el yermo G'rho. Demasiado alejado en el Borde para que ni siquiera los contrabandistas se preocupen por él, apenas se podía decir que estuviera colonizado —y mucho menos defendido— y la mayoría de sus habitantes eran alfareros o tejedores. Y pese a todo Ydra Kilwallen Sibwarra había abandonado Chandrila seis meses antes, cuando un compañero adepto en la Fuerza (que estudiaba con su mismo entrenador de la Fuerza) desapareció. De vacaciones con sus padres, Ydra ni siquiera se había comunicado con su marido. Ella y el pequeño Dev habían tomado la primera nave que saliera del planeta. Ese había sido el primer paso. Con el tiempo, contactó con su hermano Trig.

Trig ayudó a Ydra a insistir al jefe de la milicia de G'rho, un alienígena ilwizzt de piel color caoba cuyo rasgo facial más prominente no podía recibir otro nombre salvo trompa, para que la contratara como historiadora. Apenas ganaba los créditos necesarios para conseguir alimento para Dev y ella, pero allí se sentía a salvo. El goteo de datos a su oficina apenas interrumpía su auténtico trabajo: una historia de cómo el Imperio minó la sociedad de Chandrila.

De modo que esa mañana quedó conmocionada cuando su pantalla quedó en blanco y apareció un mensaje:

ACUDA INMED. BASE DEF.
BRCO.

En la oficina del comandante Brco, lo que encontró fue pánico.

—Son seis. —Brco se apartó de su pantalla visora agitando hacia Ydra su trompa de color marrón rojizo. Ambos orificios oscilaban en su extremo, vibrando mientras hablaba—. Sus naves son grandes.

Media docena de ayudantes y controladores se arremolinaban alrededor de la consola de Brco, que habitualmente era manejada sólo por dos o tres. Ydra tecleó en la pantalla táctil de su tableta de datos y miró fijamente la pantalla. Las naves se acercaban en una clásica maniobra de invasión, preparándose para aterrizar alrededor del Asentamiento Boku.

—¿Quiénes son? —preguntó, aturdida.

Él apuntó con su trompa al monitor principal.

—Desconocidos —dijo con su voz zumbante—. No responden a nuestros intentos de comunicación.

Ydra conectó su tableta de datos al monitor de Brco y lo dejó allí, y luego miró a otra pantalla de visualización a la derecha. Una nube de polvo se levantaba en el lugar donde se había posado una de las naves. Las bóvedas de Boku se habían construido cerca de una veta de mineral, lejos de las zonas montañosas cubiertas de arbustos juvica. Los colonos tendrían pocos lugares donde ocultarse.

En la pantalla, una columna de criaturas avanzaban por el polvo: reptiles marrones con corazas, de menor estatura que los humanos. Se desvanecieron en el interior de una bóveda residencial familiar clase 10… La suya.

¡Dev! Ydra se extendió con la Fuerza. A sus diez años, aunque era pequeño para su edad, cada vez era más fácil sentirle. Si tenía algún defecto, es que era demasiado sensible… demasiado confiado.

Y ahora no estaba en casa. ¿Podría albergar la esperanza de que estuviera fuera de alguna de las bóvedas circundantes?

El comandante Brco lanzó su trompa hacia el micrófono.

—¿Teniente Jerriman? —zumbó.

Una voz respondió por los altavoces sobre la cabeza de Ydra.

—Aquí Jerriman.

—No van a parlamentar. Lanza los cazas. Fuego a discreción.

Un rugido enervante recorrió la bóveda. Hasta ese día, la importancia de las Fuerzas de Defensa de G'rho había sido puesta en duda; ya no. Ahora Ydra buscó en la Fuerza el destello de su hermano Trig. Trig y su reciente esposa Seni pilotaban sendos cazas Conjo. Los encontró. Después…

Pensó con fuerza en el dulce y sombrío eco de sí misma; los sentidos de Dev temblaron, poniéndose alerta. Proyectó hacia él emociones y conceptos: *¡Alienígenas! ¡Peligro! ¡Huye!*

La silueta mental de Dev prometió obedecer. Ydra se mordió los labios y disipó la conexión. Puede que acabara de mandarle lejos permanentemente. Solo.

¿Pero qué otra cosa podría haber hecho? Él se dirigiría hacia las tierras altas, a los bosques de juvica. Ahora mismo, cualquier lugar parecía más seguro que las bóvedas…

Escuchó una explosión y la onda expansiva la lanzó contra un controlador. Las pantallas de Brco se apagaron. Las luces también. De pronto, el aire tenía un olor extraño…

—¡Al suelo! —zumbó Brco—. ¡No respiréis! ¡Evacuad el edificio… reptando!

Ydra se dejó caer sobre sus rodillas y contuvo la respiración. ¿Estaban todos muertos… así, sin más? Ella podía llegar más lejos que otros sin respirar, usando la Fuerza. ¿Pero dónde estaba Dev? Su destello parecía más débil. *¡Bien! ¡Huye!*

***

Varias pantallas de visualización hexagonales formaban un mosaico en forma de panal en el mamparo delantero del vehículo de aterrizaje Ssi-ruuvi. El comandante de unidad Th'twirirl agitó la cola con satisfacción. Las naves p'w'eck habían aterrizado, y las fuerzas se expandían. Los escáneres de formas de vida mostraban cerca de doce mil humanos en este mundo: valía la pena saquearlos, pero eran demasiados pocos para resistirse. El equipo de Yifaii tecnificaría a cuatro docenas para refrescar los convertidores. Entonces los cautivos serían revividos, cuatro docenas cada vez, y

tecnificados a placer. Sólo una docena de docenas, más o menos, había escapado a su cerco. Th'twirirl en persona había dirigido ese vuelo de reconocimiento.

Por debajo de su ventanilla de estribor, un pequeño humano se escabullía trepando por un estrecho desfiladero. Las dunas sobre el desfiladero parecían las arenas de anidación de Lwhekk, sin maleza a la vista.

—Aterriza cerca de ese canal lateral —silbó a su piloto—. Dame una lectura bioquímica completa de esa criatura. Parece inmadura.

***

Dev Sibwarra se detuvo de golpe junto a una roca de arenisca de color marrón amarillento y recobró el aliento. Había escuchado el despegue de la Fuerza de Defensa. Los sonidos atronadores y crepitantes y los estallidos de una batalla resonaron por el desfiladero… y después se detuvieron. Entonces el sol parpadeó. Escuchó un débil zumbido. Pero eso también se detuvo.

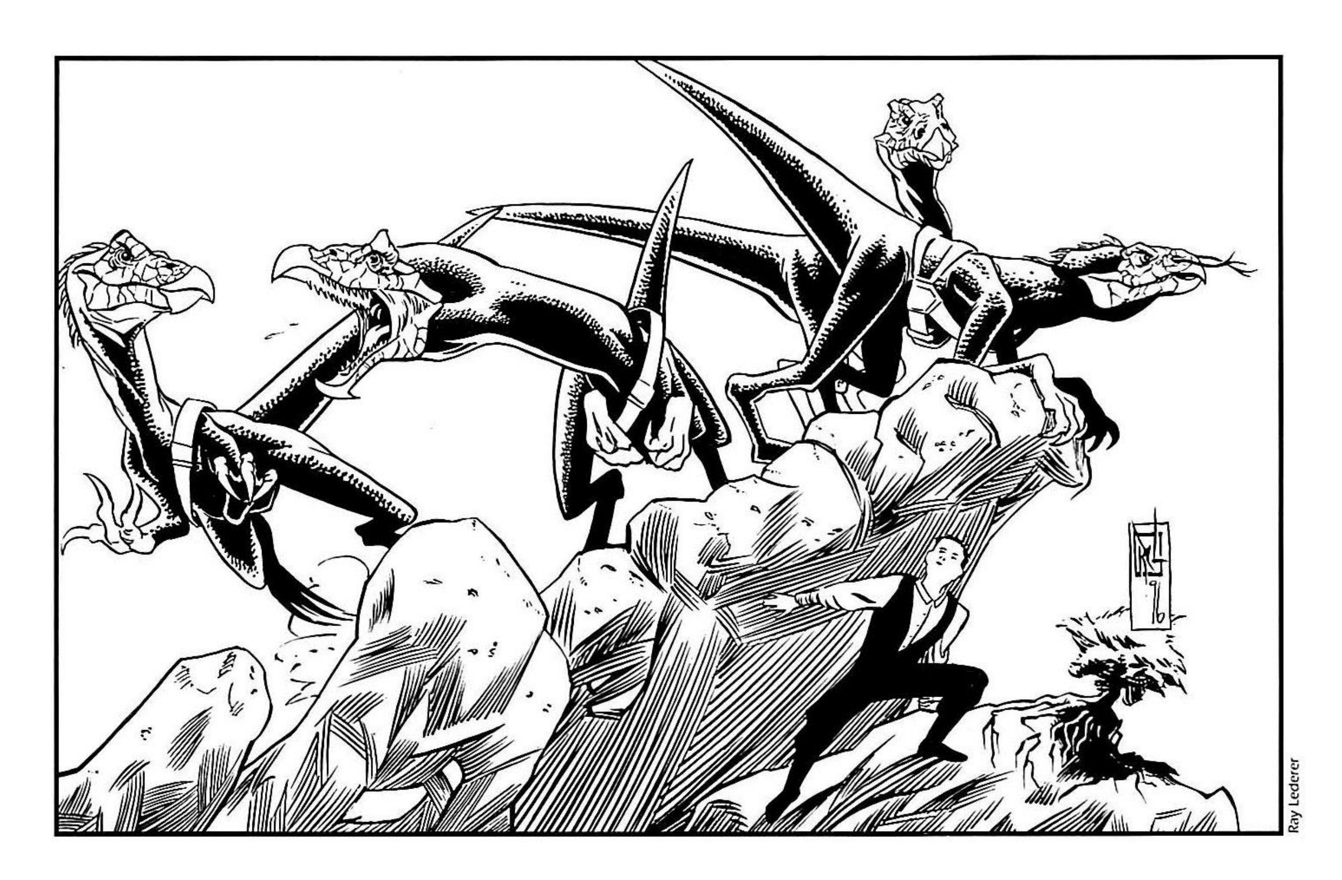
Volvió a salir corriendo. Mem quería que se alejara de la bóveda. La había notado preocupada, y no quería que él se diera cuenta. Había captado mensajes acerca de alienígenas, y una invasión. Al imperio no le gustaban los alienígenas.

Pero a Dev y a sus amigos sí. No era justo que le alejasen. Le habría gustado ver alguno… alguno que no fuera el viejo y aburrido comandante Brco. Se concentró para captar las sensaciones de Mem.

Ya no estaba asustada… ya ni siquiera estaba allí. Nunca se había alejado lo suficiente para dejar de sentirla a través de la Fuerza. Incluso cuando ella estaba dormida, él sentía algo.

Se alejó aún más, corriendo. *Prometió que siempre estaría allí*, pensó. *Prometió que siempre la sentiría.* Allí, en ese rincón de su mente, el vacío le aterrorizó.

Cinco siluetas aparecieron justo delante, en el borde del desfiladero. Se parecían a los lagartos brillantes que vivían allí debajo de cada roca, sólo que mucho mayores y de un marrón más oscuro… y además se mantenían de pie sobre las patas traseras. También eran más robustos, con cabezas más redondeadas.



Dev se escondió corriendo hacia un peñasco, y se agachó tras él.

Tal vez el silencio significaba que los alienígenas habían ganado. Tal vez Mem no iba a volver. Nunca.

Se agazapó en su escondite. Los sonidos de siseos y pasos sobre la roca se acercaron. Le habían visto. Iban a capturarle.

No ocurrió nada. El viento silbó por el desfiladero.

Después de un buen rato, se calmó. Echó un vistazo al exterior. Los cinco alienígenas se encontraban a cuatro metros de distancia. Tenían colas cortas y gruesas que sobresalían a su espalda. Sus brazos cortos y escamosos agarraban armas peculiares, pero no apuntaban hacia él con ellas. Se agachó de todas formas. Ellos no se movieron. Volvió a levantarse.

El mayor de ellos abrió la boca. Emitió un sonido extraño, algo parecido a un trino, pero más grave. Estaba tratando de hablar.

¿Estaría diciendo *Ríndete o dispararemos*? ¿*Quédate quieto, para que no fallemos*? O tal vez *Hola, humano, ¿cómo te llamas?* Dev trató de extenderse con la Fuerza, pero en realidad nunca había logrado conectar con nadie que no fuera Mem. Otros humanos eran difíciles de leer. Pero si esas criaturas tuvieran intenciones de matarle, ¿no lo habrían hecho ya?

Tal vez eran una especie amistosa. Una nueva, de la que el Imperio no hubiera escuchado hablar. G'rho estaba a parsecs de distancia de la nada. Tal vez esto fuera un

primer contacto. Tal vez la Fuerza de Defensa hubiera reaccionado de forma exagerada. Tal vez esos cinco estaban tratando de pedir perdón…

—¿Qué queréis? —preguntó.

El grande de la izquierda volvió a trinar. Agachó tanto el cuerpo que casi rozó la arena con su barbilla escamosa.

Dev salió de detrás de la roca. Mantuvo las palmas de las manos unidas, del mismo modo que había visto a Mem saludar al comandante Brco, e hizo una reverencia desde la cintura.

El alienígena emitió un sonido estremecedor. Se irguió, extrajo algo de una bolsa que llevaba colgada a un costado, y lo acercó a su pico. Con dientes cortos y blancos, mordió la mitad. Luego sostuvo la otra mitad entre sus tres largas garras, moviendo el otro brazo en un gesto con el que le invitaba a acercarse.

Dev tragó saliva. En las lecciones del colegio le habían enseñado que la comida de los alienígenas era venenosa para los humanos, pero Mem siempre había dicho que el Imperio enseñaba muchas mentiras acerca de los alienígenas. Ella afirmaba que, antes de que ella naciera, había habido amigos alienígenas. Él quería creerla. Quería mantener la calma. Quería que todo esto se resolviera.

Aunque también le había dicho que no aceptara comida de extraños. Dev se acercó. Tendió la mano hacia el pedazo de comida. Al tomarlo, su meñique rozó la suave garra del alienígena. El alienígena olía a leche agria de vaca dun.

Pero la comida olía a pan, dulce y especiado. La boca se le hacía agua. Mordisqueó una esquina, la tragó, y la siguió mentalmente hasta su estómago. Mem le había enseñado a comprobar comidas extrañas. Sus jugos gástricos fluían como deberían. Ella decía que el proceso consistía en algo más que probar comida, pero era un comienzo.

Estaba delicioso. Dev se comió el resto.

Entonces rebuscó en el profundo bolsillo de su guardapolvo de tejido tosco. Se había escapado al exterior para recoger cristales de crism. A menudo regresaba a casa con el bolsillo lleno, y Mem nunca había tirado ninguno. Ella decía que valían mucho, allá en Chandrila. Eso le hacía albergar esperanzas de que algún día fueran a casa.

Haciendo rodar seis cristales en la palma de su mano, eligió el mayor de todos; una belleza, casi tan grande como su muñeca. Con un poco de saliva, lo limpió frotándolo en su pantalón, y se guardó los demás en el bolsillo. Tendió las palmas de las manos hacia delante y hacia atrás, mostrando el cristal. Las colas de los alienígenas se levantaron al echar las cabezas hacia delante. Dev alzó el cristal y observó los brillos que el sol creaba en su interior, para mostrarles que era para mirar, no para comer. Luego se lo ofreció.

El alienígena más cercano lo tomó, lo sostuvo, y lo escudriñó entrecerrando sus tres párpados. Una lengua negra y bífida salió culebreando de su nariz y rozó el cristal. Dev casi sintió arcadas al verlo. Pero se trataba de un alienígena. Sus miembros no se encontraban necesariamente donde estaban los de los humanos. Debía respetar a los alienígenas. Mem se lo había dicho.

El alienígena dejó caer el cristal de Dev en su bolsa.

Dev hizo otra reverencia.

Dos de las otras criaturas trinaron. Una de ellas agitó sus cortos brazos, se volvió, y comenzó a alejarse ruidosamente por una larga quebrada en la pared del desfiladero. Ese debía ser el lugar por el que habían bajado. Balanceaba la cola al andar, y su cabeza oscilaba hacia delante y hacia atrás.

No parecía que quisieran hacerle daño. Si, después de todo, no eran invasores, puede que él fuera su primer invitado.

***

Ydra recordaba haber caído sobre su rostro, y un olor extraño y venenoso. Recordaba haber vuelto en sí sentada, luchando por soltarse. Algo le sujetaba los brazos.

Entonces sintió un dolor abrasador, como si la volvieran del revés y la cortaran en pedazos.

El pedazo que quedaba seguía intentando gritar. No podía moverse. Estaba ciega, sorda y entumecida. Sólo le quedaba su sentido de la Fuerza.

Lo que sentía era imposible. La habían estrujado en una espiral larga y fina. Una fuerza abrumadora tiraba de ella y la estiraba. Ydra se convulsionó y volvió a la espiral. La fuerza golpeó de nuevo… y rebanó otro pedazo de su existencia. Se enroscó. La fuerza golpeó de nuevo. Volvió a rebanar.

Los alienígenas. Esto era algo que habían hecho ellos. Cada momento que pasaba, pensar le producía más dolor. Pronto, también tendría que dejar de pensar. Entonces sólo quedaría la agonía.

Se proyectó en la Fuerza, lejos de la espiral de su prisión. Allí fuera, otras voluntades humanas yacían tirantes en sus bloques de corte. Otro humano —con cuerpo y todo— estaba siendo acercado a la fuerza. La energía estiró a Ydra. Un corte. Se encogió. El humano intacto se desvaneció… y otra espiral cobró vida con un alarido.

¡Los alienígenas usaban sus pedazos —y los de otros— para hacer esto! Ydra trató de usar cada clase de resistencia que se le ocurrió… quedar voluntariamente inconsciente, tratar de detener cualquier transmisión de pensamiento… pero nada supuso una diferencia. Esto no podía durar. Terminaría. Ella terminaría.

Pasaron siglos… parecían ser siglos…

¡Dev!

Su presencia atravesó el estupor de Ydra. Él también se había proyectado, sorprendido de encontrarla allí. Luego confuso. Vorazmente hambriento… le dolía el estómago.

Le convertirían en espiral. Ni siquiera se estaba resistiendo.

¡No! Su alarido sacudió su prisión. Explotó, lanzando astillas de su voluntad a otros tres circuitos. Una segunda explosión la lanzó a otro universo. Uno sin dolor…

***

El tecnificador jefe Yifaii rascó su panel de control con dos de sus garras.

—Estas lecturas son absurdas.

El humano pálido e inmaduro estaba sentado en silencio en su silla de tecnificación.

—¿Mem? —dijo con voz rota, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos mientras los p'w'ecks continuaban preparándole.

El comandante de unidad Th'twirirl supuso que quería más del dulce *qrikki*. Lo habían atraído a bordo, y luego lo habían llevado al laboratorio de Ptellung. Ptellung lo había desnudado, medido y sondeado; pero incluso un espécimen cooperador sólo tenía usos limitados. Ahora era propiedad de Yifaii.

—Cuando se sentó, reventó mis circuitos. —Yifaii hizo chasquear sus garras—. Llévatelo fuera de mi sala. Recíclalo.

Sus p'w'ecks retiraron los conectores del cuerpo de la criatura.

—¿Mem? —un arroyuelo de fluido claro descendió por su rostro.

Th'twirirl odiaba la idea de tener que arrojarlo por el pozo de reciclado. Los humanos tenían exactamente la clase adecuada de energía vital para la tecnificación. Tal vez este tuviera energía extra. Obviamente, no iba a causar problemas. Puede que mereciera la pena llevarlo a Lwhekk para estudiarlo más en profundidad.

Th'twirirl le hizo señas para que le siguiera. La criatura gimió una vez más y luego le siguió, tan dócil como un polluelo.

Th'twirirl decidió entregárselo al joven ayudante de Yifaii… Firwirrung.

Otra criatura de lo más útil

Transcrito de las notas personales de Wilek Nereus, gobernador del sistema Bakura.

He registrado este relato que un contrabandista capturado contó al final de su interrogatorio. Estaba a punto de ordenar su ejecución cuando comenzó con una historia entretenida que le mantuvo con vida varios minutos más. La criatura que describe no es ni un depredador ni un parásito (a menos que extendamos la definición de «especie anfitrión» para incluir naves estelares), pero creo que puede resultar útil. He ordenado varias cajas con huevos.

Las cucarachas-rata son auténticas alimañas. A veces las naves las pillan, si se detienen en espaciopuertos de baja estofa. Se reproducen en el interior de los mamparos y en otros lugares oscuros. Levanta la mano… no, no, con los dedos juntos… eso es. Tienen más o menos esa forma, y aproximadamente ese tamaño. Tienen la espalda llena de miles de millones de pequeñas plumas, de modo que si tratas de sacarlos de una grieta pueden erizarse y proteger sus antenas. Largas y espeluznantes, como dos colas que estuvieran en el extremo equivocado.

Hace unas seis estaciones, atraqué durante demasiado tiempo en Ord Zad, y después de eso, justo antes de mi segundo salto, advertí que la *Bella* no respondía como de costumbre. Tuve que desmontar casi la mitad de los mamparos de la cabina antes de encontrar el nido. En cuanto vieron la luz… *pfft*, se lanzaron por los conductos. A mi socio y a mí nos costó siete horas sacarlas con pinzas y una hidrollave.

¿Qué dices? Ah, la hidrollave es para aplastarlas una vez que las has sacado a cubierta. Cuando vi la cantidad de cableado que habían mordisqueado, di gracias al espacio de que no hubiéramos realizado nuestro siguiente salto. Nos habríamos convertido en polvo iónico.

Último ataque en G'rho

La alarma de muñeca de Seni Kilwallen la despertó con un sobresalto. Se incorporó rápidamente en el pequeño refugio de emergencia y sintió que la herida reciente cerca de su abdomen le ardía. Había recibido un disparo la pasada noche. Distaba mucho de estar curada, aunque si tenía cuidado podría evitar que se agravara aún más… al menos durante el tiempo suficiente para completar la misión de hoy.

Trig ya se había ido. Su manta térmica todavía olía ligeramente como su cuerpo. Seni no podía creer que hubiera sido capaz de dormir. Apresurándose, recogió sus suministros y trató de despejar su mente.

Trig se había marchado al atardecer, llevando la pareja de su alarma de muñeca a la nueva instalación de tecnificación Ssi-ruuvi. La flota de invasión de los alienígenas se había marchado, dejando atrás una fuerte y numerosa presencia para mantener el control del sistema planetario. Mientras tanto, las patrullas Ssi-ruuvi continuaban peinando G'rho en busca de humanos, que desaparecían en esa bóveda de tecnificación y jamás reaparecían. Probablemente Ydra, la hermana de Trig, ya estaría tecnificada, como otros miles.

Pero la Resistencia no se había dado por vencida. Si la nueva y abominable bóveda podía destruirse, alguna fuerza del orden podría responder a las desesperadas transmisiones de los humanos supervivientes pidiendo ayuda, con suerte antes de que todos ellos pasaran al interior de esas puertas. Después de cuatro meses, la pequeña Resistencia de G'rho había quedado reducida a una docena de soldados.

Trig había partido en una misión para inhabilitar la bóveda, mientras Seni quedaba atrás para pilotar el caza… eran los únicos pilotos cualificados que quedaban, pero si la bóveda quedaba inhabilitada, alguno de los otros podría ser capaz de enviar esa llamada de socorro. Su herida le incapacitaba para llevar a cabo la parte terrestre de la misión, pero Trig se había presentado voluntario: sus habilidades le daban una oportunidad de éxito donde tantos otros habían fracasado.

Seni salió arrastrándose en la noche. Su caza Conjo descansaba junto al de Trig, descendiendo una colina desde su campamento, donde lo había camuflado meticulosamente antes de acostarse. Con cuidado, retiró de sus alas la maleza cortada. A pesar de todos sus esfuerzos, sintió un súbito y doloroso latigazo en el costado. Se le había vuelto a abrir la herida. Se detuvo, presionándose el costado con una mano, deseando que el dolor remitiera.

No lo hizo. Volvió al trabajo.

Gradualmente, fue apareciendo la oscura silueta en forma de cuña del caza. Se había entrenado en un modelo menos avanzado, y pilotar esa bestia indómita había sido un puro placer. Con cautela, trepó por la escalerilla de la cabina. Era una noche hermosa para volar, despejada y con miles de millones de estrellas.

Se derrumbó en el asiento de la cabina, cerró la escotilla de un golpe, y miró a la oscuridad. Nada se movía. Trató de sentir presencias, del modo que Trig había intentado

enseñarle… pero era él quien era sensible a la Fuerza. Él había recibido un poco de entrenamiento, en Chandrila, de manos de un adepto que desapareció años atrás. Él le suplicó que le guardara el secreto… como si suplicar fuera necesario. Si algo le pasaba a Trig, ella… bueno, preferiría morir con él. Se habían casado dos semanas antes de que llegaran los Ssi-ruuk, y habían escapado a la primera matanza despiadada Ssi-ruuvi porque Trig había sido capaz de «ver» la batalla desde ambas cabinas. Ahora ellos pilotaban los dos últimos Conjos de G'rho.

¡Si es que ella aún podía pilotar! Se negó a volver a examinar la herida; sin medikit para hacer una cura, la gravedad de la herida tenía poca importancia. En cambio, cerró los ojos y se concentró en respirar uniformemente. No era ni mucho menos lo que Trig era capaz de hacer, pero ayudaba. Herida o no, tenía que pilotar.

Se abrochó los arneses y se puso el casco. Los bancos de motores y armamento se encendieron a plena potencia. Desactivó los frenos. Su pequeña nave aceleró a velocidad de despegue. En cuestión de segundos, se elevó lejos del largo desfiladero hacia el oscuro cielo nocturno.

***

Trig Kilwallen se agazapó en un abarrotado almacén de servicio. Había necesitado hacer uso de todas sus rudimentarias capacidades de la Fuerza para colarse en la bóveda y desactivar su escudo… sin un bláster. Los escáneres de armas Ssi-ruuvi habían atrapado a los tres miembros de la Resistencia que habían intentado previamente esta misión. Él se había presentado voluntario para tratar de infiltrarse desarmado, y ahora debía escapar antes de que llegara Seni y terminara el trabajo. A tientas en la oscuridad, cerró la mano alrededor de una pequeña herramienta. La empuñadura no quedaba equilibrada en su mano; había sido diseñada para garras de tres dedos. Dubitativo, la apretó. Una luz blancoazulada apareció en un extremo.

Era un cortador de fusión, tal y como esperaba. Se lo guardó en el cinturón y avanzó lentamente hacia la puerta. No sintió ningún lagarto en las inmediaciones. Extendiéndose al límite, trató de captar las sensaciones de Seni…

Su angustia le derribó.

***

Informe al Consejo Provisional de la Alianza de Planetas Libres



—Historiador Na'al, es la obligación de este consejo notificarle de que esta reunión está siendo grabada —dijo Mon Mothma mirando de frente al joven.

—Lo entiendo —asintió gravemente el joven—. Soy consciente de la naturaleza sensible de la información acerca de la que se va a hablar hoy, y quisiera aprovechar esta oportunidad para remitir al consejo a mi juramento de seguridad firmado en la página 2348,283 de la tableta de datos. —Voren Na'al se tomó un instante para poner en orden sus pensamientos mientras los miembros del consejo confirmaban sus palabras. *Vamos*, pensó el joven historiador. *Este es tu gran momento. Trata de no balbucear incoherentemente.*

—Damas y caballeros —comenzó, mostrando sólo ligeramente nerviosismo en su voz—, las últimas semanas han visto una actividad militar sin precedentes, y por petición suya he preparado un informe detallado señalando los hechos tal y como los conocemos.

»Como seguramente ya sabrán, habitualmente obtengo mi información de entrevistas y observación personal, pero en este caso no siempre ha sido posible hacerlo. Inteligencia de la Alianza ha sido de lo más cooperadora proporcionando acceso sin precedentes a la información que necesitaba para completar el informe. Además, la ayuda del personal del general Rieekan ha sido inestimable al formular un análisis de los datos tácticos y estratégicos, que debo admitir que no son mi especialidad.

Na'al hizo una pausa, sopesando sus palabras con cuidado.

—En pocas palabras, podría decirse que los eventos de Bakura, conocidos ahora como el Incidente de Bakura, podrían tener efectos a largo plazo que afecten negativamente a la seguridad de la Alianza y nuestros planes de crear una nueva República.

Un torbellino de murmullos estalló entre los miembros del comité, hasta que Mon Mothma hizo un gesto pidiendo silencio.

—Sr. Na'al —dijo—, esa es una afirmación vaga y provocativa. Por favor, explíquese.

—Dicho sencillamente —dijo Na'al sin perder la compostura—, si se corriera la noticia de lo que son capaces de hacer exactamente los Ssi-ruuk, y de lo que casi hicieron al comandante Skywalker, el pánico que se extendería podría causar, y probablemente causaría, daños irreparables en cualquier alianza que tratemos de efectuar. Es probable que cualquiera con el que podamos contactar y haya sabido de los Ssi-ruuk esté convencido de que estamos luchando una guerra en dos frentes. Obviamente, parecerá que estamos en una situación muy precaria, y como le suele gustar indicar al general Calrissian, «no es buena forma de apoyar una mala mano».

Tras detenerse para respirar profundamente, Na'al continuó.

—Mi recomendación es que Inteligencia de la Alianza entierre todo el asunto lo más profundamente posible. La contención es nuestra única alternativa y, como tal, nuestro aparato de inteligencia debería darle la máxima prioridad.

—Tonterías —exclamó el bothano Borsk Fey'lya—. Los Ssi-ruuk son una amenaza, pero ciertamente no del nivel que usted sugiere. Nuestros datos indican que los Ssi-ruuk permanecerán en su propio rincón de la galaxia. Si no lo hacen, tendrán que luchar contra nosotros y contra el Imperio.

—Permítame disentir —replicó Na'al, como si sermoneara a un alumno particularmente agudo que hubiera cometido un error crucial y obvio—. Si el Emperador, que en absoluto sentía reparos a la hora de demostrar su poder, mantuvo los Ssi-ruuk en secreto, probablemente nosotros también debamos. Dudo que la ciudadanía imperial hubiera aceptado demasiado bien una alianza con una fuerza tan potencialmente destructiva. Estoy seguro de que los aliados de la Alianza se sentirán inquietos si descubren que los Ssi-ruuk están ahí fuera.

¿Acabo de levantarle la voz a un delegado del consejo? Tal vez finalmente le esté pillando el tranquillo a esto, pensó Na'al para sí mismo, suprimiendo una sonrisa.

—Además —continuó Na'al, suavizando ligeramente su tono—, si se corriera la voz acerca de la tecnología de «tecnificación» Ssi-ruuvi, cada gobernador imperial con deseos de obtener el poder probablemente intentaría hacerse con ella. Estoy seguro de que la flota Ssi-ruuvi haría adelgazar un poco las filas imperiales, pero su relativamente pequeña flota nunca podría soportar todo el poderío de la Armada Imperial. —El joven historiador hizo una pausa antes de concluir—. En última instancia, la tecnología de tecnificación caería en manos del Imperio. Por tanto, es vital para nuestra supervivencia que mantengamos el Incidente de Bakura bajo el velo del más absoluto secreto. Ahora, si

pasan a la página 928.391,2 de la tableta de datos, podemos comenzar a profundizar en la sesión informativa…

***

—Para comprender los eventos de Bakura, es necesario que se familiaricen con los principales individuos involucrados —explicó Voren Na'al a los miembros del consejo, que seguían estudiando sus tabletas de datos, inmersos en las notas que el joven historiador había preparado—. No debería ser ninguna sorpresa que los llamados «Héroes de Yavin» aparezcan de nuevo en el centro de la actividad.

—Ya estamos bastante familiarizados con esas personas, historiador Na'al —dijo Mon Mothma en voz baja.

—Sin duda, señora —convino Na'al—, aunque puede que alguno de los demás participantes les sea desconocido. En concreto, la difunta capitana Manchisco y su tripulación jugaron papeles cruciales en los eventos de Bakura. Dado que se unieron a la Alianza justo antes de la Batalla de Endor, puede que no estén familiarizados con ellos.

»Además —continuó Na'al—, he entrevistado a los «Héroes de Yavin» y, más que volver a contar sus, en efecto, más que sabidas hazañas, he proporcionado sólo la información más reciente disponible. Además, sus visiones acerca de los Ssi-ruuk, los bakuranos y los imperiales en lo concerniente al Incidente de Bakura son muy esclarecedoras.

—Excelente —dijo Mon Mothma con una sonrisa—. Por favor, continúe, historiador Na'al.

***

Voren Na'al se aclaró la garganta, reclamando atención.

—Como pueden ver, esta escaramuza «menor» tiene ramificaciones de largo alcance. Creo que hay suficientes argumentos para mantener este incidente en secreto. Los Ssi-ruuk siguen ahí fuera, y debemos encontrar un modo de combatirlos.

Mon Mothma asintió con seriedad.

—Historiador Na'al, ¿puede ofrecer usted algún plan de contingencia?

—Así es, señora. —Na'al hizo una pausa, antes de continuar, dubitativo—. No soy un militar, señora. Creo que debo indicar mi inexperiencia en tales asuntos antes de continuar.

—Tomamos nota —respondió Mothma, asintiendo lentamente con la cabeza.

—En primer lugar —comenzó Na'al—, podemos tratarlos como una amenaza directa, y tratar de destruir sus naves en cuanto las veamos. Esa es la solución más obvia, aunque personalmente no creo que sea el curso de acción más adecuado.

—Yo tampoco. —Mothma sonrió—. Enfrentamientos militares contra culturas recién descubiertas no es exactamente lo que tenía en mente cuando creamos la Alianza.

—Exactamente. Si los tratamos como hostiles, puede que preservemos nuestras propias vidas, pero habremos adoptado políticas muy similares a las del Imperio.

»Lo que me lleva a mi segunda opción: negociaciones.

—¿Negociar con los Ssi-ruuk? Historiador Na'al, si todo esto —el delegado bothano Fey'lya señaló la pila de hojas de plastifino y tarjetas de datos sobre la mesa— es cierto, ¡no podemos darnos el lujo de acercarnos sin más a la primera nave que encontremos y comenzar conversaciones de paz!

—Eso es cierto —replicó Na'al—. Sin embargo, no digo que debamos negociar desde una posición de debilidad. Ahora sabemos dónde está su sistema natal. Una fuerza de trabajo, como la que enviamos a Bakura, podría debilitar las defensas del sistema y establecer una presencia militar antes de comenzar las negociaciones.

»De hecho, sugiero enviar al comandante Skywalker para negociar con los Ssi-ruuk. Dado que los Ssi-ruuk son «ciegos a la Fuerza», el comandante tendrá una ventaja innegable sobre ellos. Eso, unido al temor que les causan sus habilidades, le convierte en una poderosa herramienta de negociación. En Bakura, casi captura él solo su crucero de batalla principal. Sin duda le temerán y le respetarán.

—Probablemente le odien, también —dijo Mon Mothma en voz baja—. ¿Se da cuenta de que está sugiriendo que enviemos a uno de nuestros mejores soldados y el último de los Caballeros Jedi a una situación donde se verá irremediablemente superado en número por un pueblo que le despreciará rotundamente?

—Sí, señora, me doy cuenta —replicó Na'al—. Sin embargo, el comandante Skywalker y sus socios han demostrado ser bastante solventes al enfrentarse a probabilidades imposibles. ¿Quién mejor que los «Héroes de Yavin» para acabar con la amenaza de los Ssi-ruuk?

—¿Y cómo propone usted que lo hagan —bufó Fey'lya— cuando ni siquiera sabemos por qué esos malditos lagartos están entrando de pronto en nuestro espacio?

—Sabemos exactamente por qué están viniendo aquí —espetó Na'al—. Necesitan una fuente de energía. Parece que si les encontramos una fuente de energía alternativa, podemos aplacar a la facción militante del gobierno Ssi-ruuvi y establecer una paz. Sin duda, en los tiempos venideros persistirán algunos conflictos culturales, será una paz inestable, pero podemos paliar la excusa principal del conflicto.

Después de una breve pausa, Mon Mothma indicó el final de la reunión.

—Su informe ha sido de lo más ilustrativo, historiador Na'al —dijo con serenidad—. Tomaremos en consideración sus planes. Se da por concluida esta reunión del Consejo Provisional de la Alianza de Planetas Libres.

Epílogo: El Imperio

Extracto del diario de la tableta de datos del capitán Dren Jamer, Armada Imperial

Los últimos días han sido confusos: el interrogatorio por las tropas rebeldes tras la traición de Thanas, y el posterior interrogatorio por los agentes de la COMPNOR cuando volvimos. Estos días han sido increíblemente ajetreados.

Es difícil aceptar que el Emperador esté muerto. Su ideal de un Nuevo Orden mantenía junta nuestra fragmentada galaxia. Realmente es un día aciago cuando la Alianza Rebelde pasa de ser una heterogénea mezcla de matones a convertirse en un «órgano de gobierno», sin importar lo débiles y poco capacitados que sean los miembros de la Alianza. Y la amenaza de los Ssi-ruuk todavía existe.

Extrañamente, los agentes de la COMPNOR no aceptaron mi opinión de que los Ssi-ruuk suponen para el Imperio una amenaza tan grande como la Alianza. Aunque los indicios muestran que los Ssi-ruuk poseen una flota pequeña, es aterrador imaginar naves rebeldes equipadas con droides de batalla y equipo de tecnificación. Los que parecen estar al mando sólo contemplan a los Ssi-ruuk como poco más que una amenaza menor y distante. No se han desarrollado ninguna clase de planes para entrar al espacio Ssi-ruuvi y neutralizar el peligro.

Encuentro particularmente inquietante que la estructura de mando de la Armada se encuentra actualmente desorganizada. Al faltar Palpatine como una fuerza unificadora, los líderes imperiales están siguiendo sus agendas personales en apuestas por el poder con las miras muy cortas. Órdenes contradictorias de distintas fuentes de mando están reduciendo la efectividad de la flota que se está reagrupando en Annaj. Los rumores de luchas internas y ansias de poder en los sistemas del Núcleo y otras zonas me dejan intranquilo. Si comenzamos a golpearnos a nosotros mismos, en lugar de atacar a nuestro auténtico enemigo —la Alianza—, estamos condenados.

La desconfianza ha florecido entre los agentes de la COMPNOR… aún más de lo habitual para la COMPNOR, si eso es imaginable. Aquellos de nosotros que huimos de Bakura hemos sido tratados como poco más que traidores debido a la rendición de Thanas. Un operativo de la COMPNOR sugirió que aquellos de nosotros que no desertamos somos simpatizantes rebeldes en una misión de sabotaje. Afortunadamente, un exabrupto particularmente indignado por mi parte pareció convencerles de que no albergo ninguna simpatía hacia los rebeldes, pero al menos otros tres han sido ejecutados por traición. No sé si eran realmente rebeldes o no.

Un sentimiento de intranquilidad está impregnando la flota. Muchos tripulantes murmuran en voz baja acerca de la muerte del Imperio. Por supuesto, también están los rumores habituales: que el Emperador, de hecho, sigue vivo; o que un señor de la guerra imperial está en el Borde reagrupando las fuerzas de Palpatine. Hay otras historias, aún más descabelladas. Es difícil saber cuál es la verdad, o a dónde ir. Después de mi interrogatorio, se me ha dado el mando del *Alcaudón*, un crucero de ataque Loronar.

Después de revisar los informes de Endor, pretendo localizar a Gilad Pellaeon, que ahora es capitán a bordo del Destructor Estelar *Quimera*. Estaba en mi clase en la Academia Imperial, y no puedo imaginar un soldado más leal que Gilad. Tal vez juntos podamos ayudar a reunir a algunos de los demás lealistas que estén interesados en

preservar los ideales de Palpatine, y a eliminar a aquellos que fragmentarían el Imperio para satisfacer su propia sed de poder.

Creo que puedo convencer a otros oficiales —particularmente a aquellos con los que serví en Bakura— de que los Ssi-ruuk deben ser destruidos. Si es necesario, entraré al espacio Ssi-ruuvi para destruir tantas de sus naves como me sea posible, aunque no es una tarea que me entusiasme.

Estos son tiempos inciertos… tiempos que jamás pude imaginar. Antes, veía el Imperio como algo eterno, pero los rebeldes han cambiado eso. Sólo los fuertes sobrevivirán a los eventos que se avecinan…